7398

FEDERICO ROMERO

Y

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

LA MOZA VIEJA

ZARZUELA EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CUATRO CUADROS

MUSICA DEL MAESTRO

PABLO LUNA

PRIMERA EDICION

MADRID
INDUSTRIAL GRAFICA.—PALMA, 44 Y DORTE, 21
1931

15

LA MOZA VIEJA

Està obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, résérves pour tour les pays, y compris la Suéde, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright by Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, 1931

FEDERICO ROMERO

Y

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

LA MOZA VIEJA

ZARZUELA EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CUATRO CUADROS

MUSICA DEL MAESTRO

PABLO LUNA

ESTRENADA EN EL TEATRO CALDERON, DE MADRID, EL 9 DE ABRIL DE 1931

PRIMERA EDICIÓN

MADRID

INDUSTRIAL GRAFICA.—PALMA, 44, Y NORTE, 21

1931

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/lamozaviejazarzu495luna

A SELICA PEREZ CARPIO,
la admirable artista del garbo.

REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS
Rosalía...	Srta. Pérez Carpio.
Nicasia	Sra. Pereira.
La tía Sabina	» Galindo.
La Samitier	Srta. Escrich.
La Charo	» Salgado.
La Huevera	Sra. Hernández.
La Membrillera	Srta. Salgado.
El Verderón	» Greco.
El Canillejas	» Montero.
Pirandello	Sr. Marcén.
Pepe el Riojano	» García (Juan).
Sidoro «el Tararí»...	» Hernández (M.).
Ruperto	» Vela (Aníbal).
El tío Carrasco	» Carrasco.
El «Niño de la Carambola»...	» Hernández (E.)
Elizondo	» Pros.
Montoya	» Gandía.
Venancio	» Palomo.
Un mozo de cuadra	» Mantilla.
El Melonero	» Larrica.
El Bisutero	» Seva.
El Alfarero	» Rueda.
El Rey del Aluminio	» Parra.
El Juguetero	» Fernández (Jesús)
El Patatero	» Pardiñas.
Un húngaro	» González (F.).
El del estandarte	Niño N. N.
Un viejo	Sr. N. N.

Gente del pueblo. El Ayuntamiento. La banda municipal.

La acción en un pueblo de Castilla. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Gran plaza pública de un pueblo castellano. Al fondo, porches y establecimientos de abacería, carnicería, guarnicionería, etc., etc.

A la izquierda del mismo fondo, la torre de la iglesia parroquial, que se pierde en el lateral. Un callejón, simulado, entre las casas de porches y la iglesia.

En el lateral derecho, una posada con puerta practicable. Este edificio se une, en el fondo, con las casas de porches, por medio de un arco, sobre una calle practicable también.

En el lateral izquierdo, la casa de la tía Sabina, en cuya puerta hay colgadas algunas modestas confecciones, tales como delantales de niños, batas y faldas bajeras. Una calle en el último término.

Delante de los porches, dos puestos armados, con toldo de lona y faldas de percalina. Uno de ellos es de juguetería. El otro, de cacharros de hoja de lata y aluminio.

Ante el callejón del fondo, un carro de lanza y toldo, sin tiro. Hacia la derecha, delante de la posada, dos puestos, sobre mantas, en el suelo: uno de melones y el otro de loza de barro. En el centro de la escena, otro puesto análogo

674701

a los anteriores, de bisutería, envuelta en serrín. A ambos lados de la puerta de la tía Sabina, sendas banastas de huevos y membrillos. Es de día.

(En cada puesto hay una persona a su cuidado: mujeres las de las banastas de huevos y membrillos; hombres en los demás puestos y junto al carro. Serán designados: el Melonero, el Bisutero, el Alfarero, el Patatero, el Rey del Aluminio, la Huevera y la Membrillera. Algunas mujeres discurren de puesto en puesto. Un Viejo, con un cesto de esparto al brazo, compra a la Huevera, y, luego, entra y sale en la posada y se acerca a otros puestos. Un corro de chicas, en el primer término, en el centro. Sidoro el Tararí, con gorra de galón y una trompeta en bandolera, pone un poco de orden entre compradores y vendedores cuando se simula alguna discusión.

MUSICA

(A telón corrido, en el preludio, se oye cantar a las niñas.)

CHICAS. «Carta del rey ha venido
para las niñas de ahora,
que se vayan a la guerra
a defender su corona.
Dame la mano, paloma.
Quédate con Dios, pichona.»

(Pregones recitados a unísono, en cuanto se levanta el telón.)

MELONERO. ¡Son de azúcar! ¡Son de almíbar! ¡A los buenos melones de Villapardilla! ¡A real! ¡A real! ¡A real! Dos por un real, tres por un real, cuatro por un real...

BISUTERO. ¡Joyas! ¡Joyas! ¡Collares! ¡Sortijas! ¡Todas de oro de veinte quilate y la propina! ¡Son de París y de balde! ¡Esto es de balde! ¡Animarse, que me voy! ¡Que esto es hoy, y mañana me voy!

MEMBRILLE. ¡Al buen membrillo! Para carne y jalea! ¡Membrillo fino! ¡La membrillera! ¡Venga parroquia! ¡Dulces y carnosos como una buena moza! ¡La membrillera!

HUEVERA. ¡Huevos de campo! ¡Frescos y gordos! ¡Son como cocos! ¡Frescos y gordos! ¿A quién le pongo una docena? ¡A ver!

ALFARERO. ¡Pucheros y lebrillos! ¡Orzas y cantarillos! ¡No se rajan! ¡No se rompen! ¡La flor del barro fino! Son de la Cartuja! ¡Son de Triana! ¡Ole con ole!

PATATERO. ¡Esto es manteca pura! ¡Patatas de Burgos! ¡Liquido el carro! ¿Quién me da una peseta por el costal? ¡Patatero! ¡Eh...!

REY ALUMI. ¡Al rey del aluminio! ¡Chocolateras! ¡Ollas de batería! ¡Plata a precio de lata! ¡Sartenes y coladores! ¡Ahí va el rey de la hojalata!

JUGUETERO. ¡Oiga! ¡Oiga! ¡Oiga! ¡No se vaya, que interesa! ¡La muñeca mecánica! ¡El ratón y el gato! ¡Juegos de bolos! ¡Ferrocarriles! ¡Aeroplanos! ¡Todo el progreso por un real y medio! ¡Oiga! ¡Oiga!

CHICAS. (*Sin dejar de jugar al corro.*)

«Tengo, tengo, tengo,
tú no tienes nada;
tengo tres ovejas
en una cabaña:
una me da leche,
otra me da lana,
y otra mantequilla
para la semana.»

(*Mientras la anterior estrofa, ha hecho mutis por la derecha Sidoro. Dentro, por el mismo lado, suena la voz de un Húngaro.*)

HUNGARO. Baila al compás del pandero,
porque quiero
verte bailar.
Nada a los niños divierte
como hacerte
correr y saltar.

¡Miren la danza del oso
del famoso
circo francés!
Desde París ha llegado
fatigado
de andar en dos pies.

(Sale el Húngaro con un oso sujeto por una cadena y seguido de unos cuantos chicos. Los que están en escena se unen a ellos y forman grupo alrededor del oso, que baila.)

CORO Y NIÑOS. Paso, que llega el gitano;
paso, dejadle cantar.
Con el pandero en la mano
viene
de otro país muy lejano.
Con el gitano garboso,
¡cómo se anima el lugar!
Y, tras el hombre y el oso,
vamos todos allá.
¡Gira! ¡Danza!
¡Da gusto verle bailar!
¡Y correr,
y saltar,
en dos pies!
¡Vamos allá!
¡Qué diversión
para el lugar!

(Hacen mutis el Húngaro y el oso por el último término de la izquierda. Van a

marchar tras él los chicos; pero, en ese momento, por el mismo lado, aparece un muchacho sosteniendo un cartel en forma de estandarte. En él se lee «Circo Petit Krone», y, debajo del letrero, hay una pantera feroz, alargando las uñas, y un león como para que le echen una carta. Los chicos y no pocos curiosos, se detienen a contemplar el cartel, hasta que les llama la atención la pareja formada por Pirandello y Nicasia, padre e hija, que han llegado por la derecha. El viste un terno fantástico: pantalón de grandes cuadros, chaleco de peluche de diván y chaqueta verde botella. Corbata con vivos colores y sombrero hongo. A la espalda, un viejo guitarrón y en la mano un «guiñol», con sus cortinillas y, en la embocadura, la leyenda «Teatro de López de Vega (q. e. p. d)». Ella viste una bata morada, como un hábito del Nazareno, con cinturón de charol, un mantoncillo alfombrado, zapato negro y medias de carne clara. Seis o

siete collares en el cuello. En la mano, octavillas de distintos colores con coplas. Los chicos se acercan con curiosidad al «guiñol». Pero en este momento empieza a sonar el pasacalle de la banda y se produce un gran revuelo. Abren calle, al fondo; suenan dos o tres cohetes y Pirandello y Nicasia vienen a colocarse a la izquierda, dejando el «guiñol» plantado en el suelo. Salen por el fondo derecha los cuatro músicos de la banda; detrás el alcalde y cuatro o seis concejales; aquél con vara y todos con capotes. Detrás, un grupo de mujeres con mantones de Manila, sin bordar, y medios mantos negros. Cruza esta comitiva hacia el fondo izquierda.)

TODOS LOS DE ESCENA. *(Después de oír el pasodoble de la banda, dentro, y mientras que la comitiva cruza ya la plaza.)*

Con las alegres notas
del pasodoble,
las penas y los males,
hay que olvidar.
Y el pueblo contagiado
por su alegría,

también quiere cantar
el pasodoble popular.
«Bejarano,
Bejarano,
si te ponen
seis miuras
mano a mano,
ni te afliges
ni te juyes,
porque el terno,
sin fatigas,
te lo engulles.»

CHICAS. (*Reanudando el corro.*)
«Que una, que dos,
que dos y que tres,
salta niña que vas,
que vas a perder...»

TODOS. (*Unos a otros, cuando ya la comitiva ha desaparecido por la izquierda.*)
Esta feria sabré
si me quieres o no;
pero no sé si tú sabrás
que desde ayer
te quiero yo.

(*Sidoro, que salió detrás del Ayuntamiento, se planta en mitad de la plaza y, con la trompeta, lanza un vibrante «Tararí». Todos le forman corro alrededor.*)

HABLADO

SIDORO. (*Leyendo el pregón.*)
«Don Silvestre... López de la Hi-

guera... y Fernández Atún..., alcalde constitucional... de la villa de Sotollano... Hago saber...»
(Toca la trompeta, muy floreada,)
¡Olé! «Que con motivo de las presentes ferias..., se prohibe montar en el carrusel de los marranos..., que así se llaman, con perdón..., pues el año pasao... le dió al vecindario... por llamarle el Ayuntamiento... al susodicho carrusel...; lo cual el año pasao estaba mu bien puesto..., pero hogaño mandamos nosotros, como puede verse. Item más..., se prohibe comprar altramuces..., torráos y alcahués... en el puesto del Valenciano..., porque el dicho Valenciano es librepiensador... y, además, el abrigo que lleva... es ruso»...

PIRANDELLO. ¿Falta mucho?

SIDORO. No cortarme, que güelvo a empezar.

PIRANDELLO. ¡A ver si no cortáis!
(Sidoro toca la trompeta.)

NICASIA ¡Las mulillas!
(Sidoro la mira.)

PIRANDELLO. Cállate, que este pregón es de vanguardia.

SIDORO. «Se recomienda... el puesto de pirulises de Primo Gutiérrez..., porque el dicho Primo... lo es... del señor gobernador»...

NICASIA. ¿Ha dicho pirulises?

PIRANDELLO. La cuestión es chupar.

SIDORO. «Otro sí digo... el que falte a la

misa del Santo Patrón... incurrirá en la pena a que haiga lugar... en justicia... y, si no la hay... la que ordene... el señor alcalde»...

(*Trompetazo final.*)

MUSICA

PIRANDELLO. Aprovéchate, Nicasia,
porque hay aglomeración.

(*Se pone la guitarra en forma.*)

NICASIA Eso estaba reparando.
Esta sí que es ocasión.

(*Recitado.*)

¡Es la canción de moda en todas las grandes capitales de España y del extranjero! ¡Tres por una perra gorda!

(*Cantado.*)

«Yo ya voy pa moza vieja
—tengo más de veinticinco—,
y en el pueblo se murmura
que me quedo sin marido.
¡Qué le importará a la gente
si me caso o no me caso,
ni qué falta me hace un hombre,
si he despreciao más de cuatro!»

Esto a las mozas
les digo a voces,

pa que se callen
y no alboroten;
pero en voz baja
le digo al Santo:
—«¡Ay, que me muero,
si no me caso!»

San Antonio,
San Antonio bendito;
no me dejes soltera,
por favor te lo pido.
Te prometo,
si me sale un marido,
dos sayales muy majos
y un babero pa'l niño.
¡Ay, San Antonio de Padua!
¡Ay, San Antonio bendito!
¡Ay, no me dejes soltera!
¡Ay, por favor te lo pido!

He despreciao más de cuatro;
pero ¡vaya unos partidos!
Uno viudo, ya en terceras;
casao otro con diez hijos;
el tercero era soldado,
y, además, era teniente,
y era el cuarto cojo y bizco,
y así sucesivamente.

¡Dónde los hombres
tendrán los ojos,
que no se fijan
en este rostro!

Esas que encuentran,
marido a gusto,
¡no sé qué diablos
tendrán oculto!

San Antonio,
San Antonio de Padua;
tú ya sabes que tengo
buen algibe en mi casa
y aunque nunca
te he zampado en el agua,
no es porque hayan faltado
ni motivos ni ganas.
¡Ay San Antonio de Padua!
¡Ay, San Antonio bendito!
¡Mira que soy buena chica!
¡Concédeme lo que pido!

TODOS. ¡Ay, que le da, que le da!
¡Ay, que le da el patatús!
¡Ay, que le da, que le da!
¡La culpa la tienes tú!

(Algunos espectadores adquieren ejemplares de las coplas. Entre ellos Sidoro, que mímicamente «castiga» a la Nicasia. Los demás inician el mutis por el fondo izquierda y al fin se van todos por el mismo lado, murmurando:)

TODOS. Está clavada
la Rosalía.
La copla es una
calcomanía.

Se ve a la legua
que la canción
se la cantaron
con su intención.
(*Mutis.*)

HABLADO

PIRANDELLO. ¿Cuánto?
NICASIA. Una ochenta.
PIRANDELLO. ¡Qué éxito! Se ve que aquí hay afición. Pues no te digo nada cuando debutemos.
(*Señalando al guiñol.*)
Me parece que cubrimos el abono.

(*Sale de su casa la tía Sabina, vestida para la función religiosa y algo descompuesta.*)

SABINA. ¿Quién ha cantao esas coplas tan indecentes?
NICASIA. ¿Qué?
PIRANDELLO. Señora...
SABINA. ¿A ver?

(*Le arranca a Nicasia de las manos los ejemplares que le quedan; los rompe, arroja al suelo los pedazos y los pisa.*)

¡Así! Y lo que hice con las coplas lo hago con la coplera y con su padre!

NICASIA. ¡Ay, mi padre!

PIRANDELLO. ¡Calma! ¿Es usté la Presidenta de las Damas Desocupás y Catequistas?

SABINA. ¿Qué me ha llamao?

(*Lanzándose sobre él. En este momento sale, por el fondo derecha, el tío Carrasco, con un cesto de esparto lleno de verduras.*)

PIRANDELLO. ¡Señora!

NICASIA. ¡Padre!

CARRASCO. ¡Cuidiao!

PIRANDELLO. ¡Que me araña!

SABINA. ¡Miau!

NICASIA. ¡Zape!

(*Sabina, forcejeando con Pirandello, lo sienta sobre la banasta de los huevos.*)

CARRASCO. ¡Sabina!

NICASIA. ¡Arrea!

SABINA. (*Apartándose.*) ¡Así!

PIRANDELLO. ¡Lo fácil que es hacer una tortilla!

NICASIA. Y ahora, ¿qué hacemos, padre?

PIRANDELLO. Ahora, puede que haya chuletas.

CARRASCO. Pero, ¿qué ha pasao mientras yo en la compra?

PIRANDELLO. Pues, na...

SABINA. ¿Na? (*Amenazadora.*)

NICASIA. Vaya, señora...

CARRASCO. ¿Ustés son feriantes?

PIRANDELLO. Hombre, le diré... Lo mismo hacemos temporadas de feria que tournés internacionales. Cuando estuvimos en San Petersburgo, que ahora le llaman Leningrado...

SABINA. Entonces tendrían vergüenza.

NICASIA. Y ahora también, ea.

SABINA. ¿Ea?

CARRASCO. ¿Me queréis explicar?

PIRANDELLO. Acabamos de llegar al pueblo.

NICASIA. No sabemos na.

SABINA. ¿Na? Pues sepan ustés que la Rosalía no se casa, porque ni ella ni yo queremos; que naide tié que decir ni tanto así y que esas coplas que han cantao se las pueden aplicar a quien les ha mandao cantarlas, yo sé con qué intención y por cuánto dinero.

CARRASCO. (*Recogiendo trozos de papel y juntándolos.*)
Pero ¿vienen mandaos?

PIRANDELLO. Señora, un artista internacional no se vende por una ochenta.

CARRASCO. (*Leyendo.*)
«Desde que se ha quedao viuda
esa respetable arpía,
no tiene quién le sacuda,
que güena falta le hacía.»

SABINA. ¿Eh?

CARRASCO. ¿Esto es por ti?

NICASIA. No, señor, que eso es de «La Inconsolable», que está por el otro lao.

PIRANDELLO. Una cosilla de Bécquer que no vale na. ¡Lo mío es lo otro!

SABINA. ¿Lo otro es de usté?... (*Rabiosa.*) Y usté, ¿quién es?

PIRANDELLO. Melecio Cantarranas; pero to el mundo me llama Pirandello.

CARRASCO. ¿Pirandello?

PIRANDELLO. ¡Na más que eso! Y no me llaman Calderón de la Barca, porque soy de Burgos.

SABINA. Güeno, pues usté procure no aparecer por Sotollano, porque le van a llamar... como quieran..., y no va usté a contestar. ¡Por éstas! (*Jurando.*) ¡Ni a la epístola llego!

(*Mutis por el fondo izquierda.*)

PIRANDELLO. ¡Eh! ¡Señora! ¡Señora!

NICASIA. Déjela usted, padre.

PIRANDELLO. Pero, ¿quién paga ese terremoto hueveril?

CARRASCO. A medias tendrán que pagarlo. (*Llamando.*) ¡Grabiel!

PIRANDELLO. Pero si hemos aplastao más de ocho docenas y yo no llevo más que siete reales.

CARRASCO. Ella, la probe—hay que ponerse en su caso—, porque cuando una hija le sale como la Rosalía...

NICASIA. Y ¿cómo le ha salío?

CARRASCO. Pues le ha salío... ¡vamos!, ya usté comprenderá. (*A Pirandello.*)

PIRANDELLO. ¡Je! ¡A mí!...

CARRASCO. Se lo digo a usté así; pero, a las claras, yo no se lo cuento.

PIRANDELLO. A las claras déjelas usté en paz, que ya tienen lo suyo. (*Señalando la banasta.*)

CARRASCO. ¡Grabiel!

(*Llamando otra vez en la puerta de la posada.*)

NICASIA. ¿Es usté el posadero?

CARRASCO. El mesmo.

PIRANDELLO. ¡Caracoles!

(*Sale un mozo de cuadra.*)

CARRASCO. Entrate eso y que lo piquen.

MOZO. Güeno.

(*Mutis a la posada.*)

PIRANDELLO. «A fe, hermano hostalero, que no correrán muchos años sin que tengáis a honra haber dado albergue a tan principal compañía de representantes... ¡Manes de Molière y de Chaquespeare!»

CARRASCO. Déjese de latines, y... ¡al grano!

NICASIA. Al grano, padre, que estoy desfallecía.

PIRANDELLO. ¿Tiene usté habitaciones con cuarto de baño?

CARRASCO. Antes pregunto yo. ¿Ustés son cómicos?

PIRANDELLO. Cómicos y hasta trágicos.

CARRASCO. Ya sé lo que es eso. Que comen a dos carrillos y se las piran sin pagar.

PIRANDELLO. ¡Calumnia! Los cómicos de mi compañía no comen.
(*Saca del guiñol un par de muñecos.*)
Son almas sin cuerpo. Come esta joven, como yo...

CARRASCO. Aquí, ¡ni una miga! Que le he oído decir que no lleva más que siete reales, y pa usté no me queda ni un cuarto.

PIRANDELLO. ¿Lo ve usté? A todo hay quien gane.

NICASIA. Tenga usté buen corazón, hermano hostalero.

PIRANDELLO. Hasta que demos la primera representación. Pograma: A las cinco, «La Malquerida». Cinco actos.

CARRASCO. ¿Cinco?

PIRANDELLO. Tres, de Benavente y dos, míos. A las seis, «Galas de la Nicasia». Revista. A las seis y media, «La suegra cariñosa». Drama inverosímil. A las siete, sinfonía por el jazz-band y fin de fiesta.

NICASIA. ¡Y a las siete y media, cobra!
(*El tío Carrasco hace signos negativos.*)
¿Qué dice usté?

PIRANDELLO. Que se planta con cinco.

CARRASCO. Pagando adelantao, lo que quieran.

PIRANDELLO. Así me meto yo a fondista; mira éste.

CARRASCO. ¡Con lo que cuesta tó!

(*Marchándose a la posada.*)

NICASIA. Que no le pesará, si nos admite a crédito.

PIRANDELLO. Que yo no soy de los que se las piran.

CARRASCO. ¡Vaya! ¡Vaya! Que a usté..., ¡por algo le llamarán Pirandello!

(*Mutis.*)

PIRANDELLO. ¡Qué tío usurero!

NICASIA. Con lo decentísimos que somos nosotros.

PIRANDELLO. ¡Espera!

(*Mirando al puesto de los melones.*)

NICASIA. ¿El qué?

PIRANDELLO. ¡Un «melondrama». Cuando los israelitas estaban a punto de perecer, cayó el maná, que se hallaba esparcido en el suelo por doquier. (*Cogiendo un melón.*) Y no tenían que hacer más que agacharse... ¡Toma!

NICASIA. ¿Qué es esto?

PIRANDELLO. El maná. (*Cogiendo dos membrillos.*) ¡Toma! Dos membrillos pa hacer carne. (*Acercándose al carro.*) ¡Toma! Tres patatas.

NICASIA. Pero, ¿qué hago yo con todo ésto?

PIRANDELLO. Pues un bisté de membrillo con patatas y, de postre, maná.

(*Una tos interior.*)

NICASIA. Que viene gente, padre.

PIRANDELLO. Disimula. ¡Hija mía, lo que han

subido las subsistencias en un momento!

(Guardándolas en el escenario del guiñol.)

RUPERTO. *(Que sale por el fondo izquierda. Es un hombre de treinta años, vestido majamente, en estilo pueblerino.)*
Estos son.

PIRANDELLO. *(Aparte a Nicasia.)*
¡Que nos ha visto, Nica!

NICASIA. ¡A la cárcel vamos!

RUPERTO. Güenas, amigos.

PIRANDELLO. *(Con la risa del conejo.)*
¡Je, je!

NICASIA. ¡Je!

RUPERTO. ¿Con que ustés son los de las coplas?

PIRANDELLO. *(Poniéndose en guardia de boxeo.)*
¡Mi madre!

NICASIA. Verá usté, nosotros...

RUPERTO. Están mu bien; pero que mu bien...

PIRANDELLO. ¡Pchs!... No están mal. Tienen su hipérbaton y su onomatopeya...

RUPERTO. Yo en eso no me he fijao.
(Sacando un ejemplar y mirándolo.)
¡Ah, sí! ¡Aquí están! A ésto, en Sotollano, le llamamos «clarín» y «vihuela».

NICASIA. ¡Ah, sí sí! Usté se refiere a los grabaditos... ¡Claro, padre! Si es que usté a tó le pone motes.

RUPERTO. Sembraos estuvieron con venir a cantarlas en la mesma puerta de la Rosalía, la de las batas Ford; que

se quea solterona como yo me quedé señalao de la viruela.

NICASIA. Y eso, ¿por qué es?

PIRANDELLO. Por no vacunarse.

RUPERTO. Ella se ha fastidiao, por su coquetismo; que yo mujer tengo, y tan guapa y tan garbosa como la primera. Y, si la quise a la Rosalía, pué que fuera un capricho de los veinte años. ¡La edá!

PIRANDELLO. De esa edá no he salido yo todavía.

NICASIA. Padre, que se lo escribo a madre.

PIRANDELLO. Calla, mecanógrafa.

RUPERTO. Ahí va.

(*Dándole dinero.*)

PIRANDELLO. ¿Quién le ha mandao a usté que me den dos duros?

RUPERTO. Mi capricho.

PIRANDELLO. ¡Rediez!

NICASIA. Y eso, ¿pa qué?

RUPERTO. Pa ná. Por las coplas.

PIRANDELLO. (*Recogiendo rápidamente todos los papeles del suelo.*) Nicasia, ayúdame.

RUPERTO. ¿Qué hace usté ahí?

PIRANDELLO. Recogiendo la edición.

RUPERTO. ¡Taday! Esos cuarenta reales son por haberlas cantao en este sitio. Y cá vez que las canten, cuando haiga mucho público, un duro más.

NICASIA. Le advierto a usté que la madre de la Rosalía...

PIRANDELLO. Que con un duro no hay ni pa tafetán.

RUPERTO. Usté las canta porque yo lo man-

do, que soy el hijo del señor alcalde.

PIRANDELLO. (*Tragando saliva.*) ¡Bue..., bueno!

RUPERTO. Y hasta más ver.

PIRANDELLO. ¡A..., adiós!

(*Mutis de Ruperto por el fondo derecha.*)

NICASIA. Padre: a mí..., ¡a mí no me gusta ese hombre!

PIRANDELLO. Me alegro, porque es casao.

NICASIA. Y aquí hay gatuperio. Nosotros, inconscientemente... ¿No es eso?

PIRANDELLO. Eso es. ¡Adverbio!

NICASIA. Hemos armao aquí un batiburrillo con la canción de «la moza vieja».

PIRANDELLO. Ya ves: más inocente que el bicarbonato. Y, a propósito de bicarbonato: Vamos a almorzar. ¡A ver! ¡El huésped! ¡Ah, de la venta! ¡Ah, del Palas Hotel de Sotollano del Arcipreste!

(*Cogiendo el guiñol. Sale el tío Carrasco.*)

CARRASCO. Pero ¿qué pasa?

PIRANDELLO. ¡A ver! Un cuarto, un departamento, un pollo asao, magras con tomate.

CARRASCO. Eso digo yo.

NICASIA. Paso, méndigo.

PIRANDELLO. (*Arrojándole los dos duros, uno detrás de otro, al suelo.*) ¡Lúculo come en casa de Lúculo! Penetra, Nica.

(Mutis de Nicasia. La sigue Pirandello, y se le cae una patata del guiñol.)

CARRASCO. ¿Qué es esto?

(Cogiéndola, después de haber cogido los dos duros.)

PIRANDELLO. ¡Una patata! ¡Gajes del oficio!

(Y entra triunfador, seguido por el tío Carrasco.)

MUSICA

PEPE EL RIOJANO. *(Dentro.)*
¡Arriba los corazones,
mocitas de Sotollano!
¡Arriba los corazones,
que aquí llega el Riojano
con dos repletos arcones
de joyas de similor
y cien alegres canciones
que son cien coplas de amor!

(Sale por el fondo izquierda, llevando del diestro un caballo enjaezado y con dos cajas de género a ambos lados del lomo. Pepe lleva en la mano la vara de medir y al hombro una manta de colores. Un chico, que viene con él, se hace cargo del caballo, entrándolo en la posada.)

No hay nadie. ¡Qué extraño!
No oyeron mi voz.
Mocitas de Sotollano,
arriba los corazones,
que aquí llega el Riojano.
¡Oíd su pregón!

¡Ya estoy aquí!
Pensando en vosotras vengo.
Si estábais pensando en mí,
¡qué suerte más buena tengo!
¡Vamos a ver
en donde están las mocitas,
que hay mucho donde escoger,
y cosas muy rebonitas!

Traigo ricos abanicos
para las enamoradas,
cárcel de los suspiricos,
mirador de las miradas.
Una peina de oro traje,
linda como una diadema,
y una mantilla de encaje
que es una espuma de crema.

La gente del pueblo
bien se hace rogar.
Galanes de Sotollano,
venid a ver mi tesoro
con el dinero en la mano.
¡Venid a comprar!

Vengan aquí
los mozos cortejadores

que quieran lograr el sí
del dueño de sus amores.
Una mujer,
de corazón amoroso
teniendo donde escoger,
prefiere al más generoso.

Tengo un mantón de la China
con unos flecos de a vara,
y una pañoleta fina
que hace muy bien a la cara.
Y en mis arcas escondido
viene el Amor de las Bellas,
que es un perfume escogido
que no se vende en botellas.
¡Se vende la gloria
de un día día de sol!

¡Arriba los corazones,
mocitas de Sotollano!
¡Arriba los corazones,
que aquí llega el Riojano
con dos repletos arcones
de joyas de similor
y cien alegres canciones,
que son cien coplas de amor!

HABLADO

(Sale de la posada el Mozo de cuadra.)

PEPE. ¡Muchacho! ¿Quién es el dueño de la posada?

MOZO. El tío Carrasco.
PEPE. El mismo.
MOZO. ¿Usted lo conoce?
PEPE. Hace tiempo que no vengo por aquí. Dale pienso al jaco.

(Medio mutis del Mozo.)

Nadie hizo caso de mi pregón.
MOZO Están toas en la misa.

(Mutis.)

PEPE. *(Evocador y mirando a la casa de Rosalía.)*
¡Sotollano! ¡Cuánto he soñado contigo!

(Sale Rosalía de su casa, compuesta para la función. Seria, como quièn ha llorado.)

ROSALIA. ¡Pepe!
PEPE. Rosalía... ¿Quién es tu marido?
ROSALIA. ¿También tú te burlas de la moza vieja?
PEPE. ¿Vieja tú, muchacha?
ROSALIA. Pa moza, sí. ¿A qué vienes, Pepe?
PEPE. Te lo diré de pronto, pa que veas que lo traigo pensao. ¡A casarme contigo!
ROSALIA. ¿De veras?
PEPE. De veras.

(Pierde el habla Rosalía y casi se desmaya.)

Rosalía, ¿qué tienes?
ROSALIA. Me estoy muriendo de alegría. ¿No me engañas, Pepe?

PEPE. Te juro que no, por la salú de dos ángeles que tienen que sentarse a tus pies, pa que parezcas la Concepción de Murillo.

ROSALIA. ¿Hijos tuyos?

PEPE. Cuando me importa su salú...¿Los vas a querer?

ROSALIA. Sí.

PEPE. Pues... llama a tu madre.

ROSALIA. A la iglesia voy. A que me vean... A que mi madre se entere... A que la Virgen de la Esperanza se fije en mí, una vez más, y me diga con su mirada: ¿Te lo decía yo, Rosalía?

PEPE. ¡Que nos casamos!

ROSALIA. Sí, Pepe... ¡Cuanto antes! Tú no sabes cómo te esperaba. Cuando menos sabía de ti, que no he sabío na en siete años, más y más te veía venir... ¡Tenía que ser!

PEPE. Y ya ha sido.

ROSALIA. ¡Dios te lo pague, Pepe! Tú no sabes lo que es... Pero..., ¡bueno! No empañemos esta felicidá, clara como el cristal de un arroyo. Espérame, que vuelvo. No te muevas de aquí.

PEPE. Aquí te espero.

ROSALIA. ¡Dios te lo pague! ¡Tenía que ser! ¡Tenía que ser!

(*Mutis por el fondo izquierda.*)

PEPE. ¡Lo que alegra el alma dar una alegría!

PIRANDELLO. (*Que ha aparecido en la puerta de*

la posada, apenas ella ha marchado.) ¡Castigador!

PEPE. Pero ¿es usté, señor Pirandello?

PIRANDELLO. Ven aquí, barbián.
(*Se abrazan.*)
¿Cuántos meses hace que no nos vemos?

PEPE. Cinco meses y un día. Desde la feria de San Prudencio, en Alava.

PIRANDELLO. ¡Ele! Acababa yo de llegar de Cristianía..., que ahora le llaman Oslo.

PEPE. Usté siempre tan imaginativo.

PIRANDELLO. Y tú... ¿Quién es esa buena moza, so Hernán Cortés?

PEPE. ¡Casi nadie! ¡Mi novia! ¡Rosalía!

PIRANDELLO. ¿La de...? ¿La de ahí?

(*Señalando a la casa.*)

PEPE. La misma. Llegué, la vi, la pedí, me dijo que sí...

PIRANDELLO. Pepe..., que te veo en coplas con música de Guerrero.

PEPE. ¿Qué dice usté?

PIRANDELLO. Que yo a costa de un amigo no quiero lucrarme.

PEPE. Pero, ¿es que Rosalía...?

PIRANDELLO. ¡Uf...! Tú acabas de llegar; pero yo llevo aquí bastante tiempo y de eso sé un rato.

PEPE. Cuénteme usté, por Dios.

PIRANDELLO. Esa mujer es una Musolina. Tiros y revoluciones ha habido por sus cosas y hasta a mí me ha costao algún azote.

PEPE. ¿A usté?

PIRANDELLO. (*Alzándose la americana.*)

Mira dónde tengo marcás las yemas.

PEPE. Pero ¿qué motivos ha dao Rosalía pa que ocurra todo eso?

PIRANDELLO. Cuando tú ves un queso en un escaparate un mes y otro mes, ya sea manchego, ya de bola, ¿qué se te ocurre pensar?

PEPE. Que es caro.

PIRANDELLO. O que es falsificao. Porque el de bola casi siempre es de mentirijillas. Pues con la Rosalía, al parecer, ocurre algo análogo, que quiere decir parecido, semejante o *sine qua non*. ¡Veintinueve años tiene! ¡Y soltera! Aquí donde las mozas se enlazan a los diez y seis o diez y ocho, y algunas nacen casás.

PEPE. ¡Valiente delito!

PIRANDELLO. Pero, cuando hay sus razones...

«Os olhos requerem olhos,
os corações, corações;
tambem as boas palavras
requerem boas rasões.»

Cantar portugués, que yo me aprendí en Braga..., que ahora creo que le llaman Culote.

PEPE. Vamos, hable usté claro, amplíe, concrete...

PIRANDELLO. Pues... ¡vaya ampliación! Pero de esto..., ¡ni media sílaba! ¡Pa ti y pa mí! Esa mujer tié una mancha antigua. Pa borrarla—cosa explicable—ha apelao a to: a un chófer, a un químico, a un escribano,

que era capaz de raspar la palabra «cinematógrafo», sin que se le conozca ¡ni la hache! Pero la mancha ca día es más grande, porque todos los que se arriman a ella, con el raspador, huyen. ¿Por qué? ¡Ah! Y no es lo malo que huyen, sino que cuentan y no acaban. ¡Pobre mujer! Y, ahora, no me llames imaginativo, porque estás hablando con la «Hoja Oficial».

PEPE En realidá... Sí... ¡Claro! ¡Si lo veo claro! ¿A qué vienes? ¡A casarme! ¡Dios te lo pague!... ¡La mato!

PIRANDELLO. No, eso no. Vamos a tomarnos unas tintas, que en este pueblo hay un vino que monda. ¡Anda, Otello!

PEPE. ¡Vamos!

(Medio mutis por el fondo izquierda.)

Pero, ¡si no es posible!

PIRANDELLO. To es posible, Pepe. ¿No me ves a mí de pueblo en pueblo y a Azorín en la Academia?

(Mutis de los dos.)

MUSICA

(Salen por la derecha ocho hombres de distintas edades, con blusas cortas, calzones con soguillas en las corvas, sombrero pavero y un cesto de es-

parto al brazo, lleno de viandas. Con ellos, Sidoro.)

CORO. Lo más seguro,
llegando fiestas,
es que te suban
las subsistencias.
¡Cómo está todo!
¡Válgame Dios!
¡No hay quien se muera
de indigestión!

SIDORO. Sos quejáis de vicio.
Todo está arreglao.
CORO. ¡Cómo se conoce
que no te has casao!

Media libra de cabrito
cuesta un ojo de la cara.
SIDORO. De cabrito, en estos tiempos,
me parece que es barata.
CORO. Un pimiento es un diamante.
SIDORO. No me importa a mí un pimiento.
CORO ¡Las patatas, por las nubes!
SIDORO. ¡Los melones, por los suelos!
CORO. Y, en volviendo de la compra...
SIDORO. La parienta os va a zurrar.
CORO. La parienta es, de seguro,
lo que me ha costado más.

SIDORO. ¡Cásate y tendrás mujer,
Antón!
¡En la casa tú serás
el rey!

Pero sale respondona...,
¡y no dudes de que harás
el buey!

CORO. Cuidao, Sidoro,
que yo no siso,
que yo la friego,
que yo la guiso...
Y eso no quita
pa que en la parva
yo sea un hombre
con toa la barba.

SIDORO. Al principio sos mimaban
cariñosa y dulcemente.

CORO. ¡Cómo lo has adivinao!
¡Ni que hubiás estao presente!

SIDORO. Las mandábais a la porra.

CORO. Y ellas iban tan contentas.

SIDORO. Les pedíais cuatro cosas...

CORO. Y nos daban cuatrocientas.

SIDORO. Pero un día, por desgracia...

CORO. Nos quitaron el poder.

SIDORO. Y a un marido que no puede
lo avasalla la mujer.

TODOS. ¡Cásate y tendrás mujer,
Antón!
¡En la casa tú serás
el rey!
Pero sale respondona...,
¡y no dudes de que harás
el buey!

(Mutis por el fondo izquierda. El último, Sidoro.)

HABLADO

NICASIA (*Saliendo de la posada.*)
¿No iba por ahí el pregonero?
(*Llamándole.*)
¡Eh! ¡El del instrumento!

SIDORO. (*Volviendo.*)
Oiga, jovencita. Eso de llamar a los hombres, aquí está mu mal mirao.

NICASIA. Es que yo no le he llamao como hombre.

SIDORO. ¿Pues como qué?

NICASIA. Como correveidile municipal.

SIDORO. (*La amenaza con la trompeta; pero al ver la cara de ella, sonriente y gachona, se contiene y se aparta con un gesto expresivo, volviendo la cabeza para mirarla.*)
Tié una caída como pa fraturarse el cranio.

NICASIA. Oiga usté, grullo.

SIDORO. ¡Cudiao! Que yo he servío en Húsares de Pavía.

NICASIA. Estaría pa comérselo.

SIDORO. ¡Psch! No me coacione con el rabillo del ojo... ¡So elegante!

NICASIA. ¿Usté es capaz de un sacrificio por una mujer?

SIDORO. Por una mujer, soy capaz... ¡de bañarme!

NICASIA. ¿Me quiere usté decir por qué motivo a la inquilina de ese almacén de batas y baberos le tié mala ley el hijo del señor alcalde?

SIDORO. ¿Ruperto? ¡Carabina! Porque le hizo una mu soná.

NICASIA. (*Cogiendo la trompeta.*) ¿Como ésta?

SIDORO. ¡Más! Ha resultao mu frívola la Rosalía. Usté supóngase que—ya hace años—cuando más encalabrinao estaba con ella el Ruperto, que ya la iba a pedir relaciones de un día pa otro, tal día como ayer, llega un feriero, uno de esos que lo mesmo venden calcetines pa los pies que antipirina pa la cabeza. Y ella va..., y le hace cara. ¡A un forastero, joven, que si está en el poder nuestro partío le cuesta diez años de cárcel!

NICASIA. Vamos, como si usté se fija en mí y yo me hago querer.

SIDORO. Si yo me fijo y usté hace eso, me cuesta cadena perpetua.

NICASIA. Era una hipótesis, ¿eh?

SIDORO. ¿Qué?

NICASIA. ¡Una hipótesis!

SIDORO. ¡Ah! Güeno. Ya lo sé pa siempre.

NICASIA. Al cuento, al cuento... ¿Todo eso es lo malo que hizo esa muchacha?

SIDORO. Hizo más. Habló con el feriero dos o tres noches en la ventana, que da a la parte de atrás, en un sitio oscuro. ¡Y sin reja!

NICASIA. ¡Qué barbaridá!

(*Irónica.*)

SIDORO. Es gordo, ¿eh? Pues, así que se acabó la feria, el feriero desapare-

ció... ¡y hasta ahora! Y es lo que aquí decimos:

El que entra en un melonar
y luego sale de naja,
o ha visto al guarda venir
o es que el hombre ha sacao raja.

NICASIA. Y este pueblo es un melonar, por lo que se ve.

SIDORO. Yo... no me casaba con la Rosalía por na del mundo.

NICASIA. ¡Claro, hombre! ¡Casarse con una pécora así un suscritor del «Pinocho»!

SIDORO. No es sólo por eso. Es que si me caso con la Rosalía, ¿cómo voy a casarme con usté, que es mi verdadera osesión desde hace tres menutos?

NICASIA. ¡Aaaay!... *(Muy chulona.)* ¡Papá! *(Llamando.)*

SIDORO. Pero ¿es que tos los días cae por el pueblo una hipótesis tan requetobillera como usted? ¡Mermelada! ¡Superproducción!

NICASIA. No me castigues, Chevalier.

(Por el fondo izquierda, la tía Sabina, jocunda, orgullosísima, quitándose el manto.)

SABINA. Me alegro, hombre. ¡Vaya si me alegro!

SIDORO. ¡Arrea!... ¡La pantasma!

SABINA. No te vayas, tú, alcotán; que paeces un alcotán disecao. Y usté, ¡so vedette!

NICASIA. Gracias, no es pa tanto.

SABINA. No se vaya tampoco, que dentro de cinco menutos me va usté a repetir las coplas; pero pa mí solita.

NICASIA. Usté disimule la casualidá.

SABINA. ¡La casualidá! Paece que nos amansamos. ¿Y el repostero ese que la acompaña, el de los huevos moles? (*Marcando la banasta.*) Aguardarse tos, que ya va a salir el sol de la justicia y tos van a besar por donde la Rosalía pise. ¡Qué risa! Pero, ¡qué risa! ¡Já, já, já! ¡Se me tronchan los vacidos! ¡Hum...! ¡Víboras!

(*Mutis a su casa.*)

NICASIA. No, no... Cuando salga con el vergajo, a mí no me pesca.

(*Mutis a la posada.*)

SIDORO. A mí, ni con el vergajo ni con un garlito. ¡Carabina!

(*Mutis por el fondo derecha. Por la izquierda, vuelven Pirandello y Pepe.*)

PIRANDELLO. Ya lo has visto, Pepe. No ostante, acuérdate de aquello de

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor...

¡si tú quieres, te convido
a cenar, Comendador!

PEPE. No diga usté tonterías.

PIRANDELLO. De «El orgullo de Albacete», na más.

PEPE. ¿Pa qué me ha llevao usté a la taberna? ¿Pa oírles a todos pisotear a esa mujer en su fama?

PIRANDELLO. ¿Has comprobao? Pues da gracias a Dios y a mí, porque te haigan abierto los ojos.

PEPE. ¡Mira si llego a caer! Se ríen poco de Pepe el Riojano.

(Empiezan a sonar las campanas.)

Ya salen de misa.

(Se abrocha la americana con un ademán enérgico.)

Ahora vendrá esa moza.

PIRANDELLO. ¡Y la huevera!

(Coge un paño y cubre con él la banasta de huevos. Salen por el fondo izquierda, el Patatero, el Rey del Aluminio, dos Viejas, que se van por el fondo derecha, y tres Chicas. Al ver a éstas, Pirandello las llama.)

¡Mira qué guapas! Esta morenucha es la mar de salá. ¿Te gustan los cacahués? Toma, rica. Y tú... Y tú... Andar... Sentaros aquí a coméroslos.

(Sienta a una de las chicas en la banasta, que, con sus amigas, se come tranquilamente el obsequio del artista internacional.)

MUSICA

(Van saliendo las gentes de la iglesia; entre ellas algunos de los vendedores, que ocupan sus puestos y atienden a los parroquianos. En su momento, Rosalía y dos o tres amigas.)

PEPE. No pongas tus ilusiones
en una desconocida,
que la mujer es alhaja
y, a veces, bisutería.
Los sueños del corazón
no deben improvisarse,
porque echan mucha raíz
y duele que los arranquen.

ROSALIA. *(Al salir, a sus amigas.)*
Ese es el hombre
que me quería.
Con él soñaba
de noche y día.
Vais a escucharlo,
gracias a Dios.
¡Pepe!

PIRANDELLO. *(A un ademán violento del Riojano.)*
¡Cuidado!

PEPE. *(Volviendo la espalda a Rosalía.)*
¡Va a ser mejor!

CORO. ¿Quién es ese buen mozo?
¿Qué dice? ¿Qué pasó?
Cuando ella le llamaba,
la espalda le volvió.

ROSALIA. (*Acercándose a Pepe.*)
Pepe, ¿por qué al mirarte
vuelves la cara?
Diles que tú me quieres
con toda el alma.
Mira que necesito
que lo publique
tu misma lengua,
porque no es suficiente,
¡cariño mío!,
que yo lo sepa.

PEPE. Nunca pensar podría
que tu mirada
fuera como un destello
de piedra falsa.

ROSALIA. Pepe, que no te entiendo,
que me atormentas
con tus palabras.

PEPE. ¡Bueno! Si no me entiendes
que te lo expliquen
en Salamanca.

CORO. Quiso engañarle
la Rosalía,
mas, por lo visto,
la conocía.
Pudo buscarle
la perdición.

(*Entretanto, ha salido entre nuevos grupos la tía Sabina, que al darse cuenta de lo que acontece, se abraza a Rosalía*

emocionada, sin fuerzas ambas para protestar.)

SABINA. ¡Hija!
ROSALIA. ¡Mi madre!
CORO. ¡Qué sofión!
PEPE. Mirando estoy a los ojos
de todos los que te miran
y en todas las caras veo
la estampa de la malicia.
ROSALIA. (*Reaccionando.*)
Si en todos mirando estás
la sombra del malicioso,
¿por qué tus ojos no ven
lo claros que son mis ojos?
PEPE. Es tarde, Rosalía,
para estudiar.
CORO. Sobre este sucedido
no hay más que hablar.

(*A unísono, con Rosalía y coro.*)

PEPE. ¡Cómo se desvanecen
mis ilusiones;
Sendas de abrojos veo
que eran de flores.
Quiero que se me olvide
la lucecita
de esta ilusión,
para que no me ciegue
la llamarada
de aquel amor.

Ya los caminos,
que eran de flores,
parecen sendas
de perdición.

ROSALIA. ¡Virgen de la Esperanza,
no me abandones!
Sabes que no merezco
que me abochorne.
Mira, Señora Virgen,
cómo han herido
mi corazón.
Tengo también clavadas
las siete espadas
de tu dolor.
¡Ay, Virgen mía,
no me abandones
en estas horas
de turbación!

CORO. El mozo está seguro
de su razón;
y, aunque ella lo pretenda,
no habrá perdón.
No habrá perdón,
ni tanto así
de compasión.
Quiso engañarle
la Rosalía;
pudo buscarle
la perdición.

ROSALIA. (*En un arranque.*)
Una mujer que se porta
como se debe portar,
¡jamás delante de gente
se tiene que avergonzar!

PEPE. ¡Por tu conducta pasada
te tienes que avergonzar!

(*Vuelven a sonar alegremente campanas. Pirandello conduce a Pepe hacia la posada y*

Sabina lleva a su hija a casa. Cruza de nuevo la escena—ahora de izquierda a derecha—la comitiva del Ayuntamiento, con la banda, que no toca. Renace la animación en la plaza.)

CORO. Esta feria has de ver
muchas cosas aquí;
¡pero entre todas la mejor
es que tu amor es para mí!

(Los vendedores, otra vez en sus puestos, pregonan como antes sus mercancías. La huevera descubre la catástrofe de su banasta. Cuando va a pegar a la niña, que está sentada encima, sale en defensa de ésta una vecina. Regañan las dos mujeres, y, para apaciguarlas, interviene Sidoro, que es quien se lleva los golpes. Mientras tanto, cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Patio de la posada del tío Carrasco. En el lateral derecho, la puerta de entrada, practicable, en primer término; una ventana con reja, en el segundo. En el fondo, corredor sostenido por columnas y, debajo del corredor, puerta que comunica con el corral, en el cual se ve algún carro. En primer término del lateral izquierdo, un hueco entre dos machones de madera, con dos peldaños que llevan a un rellano, en cuyo fondo hay una puerta: la del cuarto de Pepe el Riojano. Del rellano arranca hacia el fondo una escalera, que se supone enlaza con el corredor. En el último término de la izquierda, puerta de un cuarto que se supone bajo la escalera; es el de los torerillos. Algunos baúles, maletas o líos de equipaje en el fondo, a ambos lados de la puerta del corral. Varias mesas distribuídas en el patio, con restos de comidas en algunas; es la hora del café, después de mediodía.

(En la mesa de primer término de la derecha aparecen la Charo y la Samitier, dos tan-

guistas de última categoría, con Ruperto y Venancio, un ricacho del pueblo. En la mesa de primer término de la izquierda, el Niño de la Carambola, novillero; Elizondo, banderillero vasco, y Montoya, mozo de espadas gitano. Los dos primeros tienen puestas las taleguillas, medias y zapatos de torear, faltándoles la camisa, la faja y la chaquetilla. Montoya, traje de americana y gorrilla de visera. Alrededor de esta mesa, pululan el Verderón y el Canillejas, dos maletillas que, a ratos, se sientan en el suelo a roer los desperdicios que les echan los «toreros», con aire de suficiencia. En segundo término, en una mesa que hay en el centro, Pirandello y Nicasia, atendidos con preferencia y asiduidad por el tío Carrasco. En mesas del fondo, el Rey del Aluminio, con su mujer; el Bisutero con el Alfarero y el Melonero, con su mujer, que amamanta a un chico de mantillas. Una Moza y el Mozo de cuadra sirven a los comensales. Luego llega Sidoro.

MUSICA

RUPERTO. (*Acercándose a la mesa de los toreros con dos vasos de vino.*)
¡Vaya una convidada
de vino de la tierra!

NIÑO. Se estima, don Ruperto.
¡Por esas buenas jembras!

RUPERTO. Acércate Venancio,
un vaso pa Montoya.

(*Venancio lo hace.*)

MONTOYA. Por Dió, no molestase.
Yo bebo cuarquié cosa.

NICASIA. ¿Usté sabe quiénes son
esos dos huecograbados?

PIRANDELLO. Dos que vienen engañás,
porque creen que hay supertango.

NICASIA. Y están atontolinás.
con esos, que son dos pavos.

PIRANDELLO. La rubia, es la Samitier,
y la morena, la Charo.

SIDORO. (*Entrando.*)
Güenas tardes, güenas tardes.

RUPERTO. ¿Qué hay, Sidoro?

SIDORO. Ya ve usté...
(*Señalando a las tanguistas y a Nicasia.*)
Mucho género escogido.

NICASIA. Muchas gracias.

SIDORO. No hay de qué.

RUPERTO. Tío Carrasco: ¡la guitarra!

CARRASCO. La guitarra, va escapao.

(*Mutis.*)

RUPERTO. Siete copas de «Tres Cepas».
PIRANDELLO. ¡Puén ser ocho?
RUPERTO. (*Afirmando.*)
¡To pagao!

RECITADO

CARRASCO. (*Volviendo con una guitarra.*)
¿Quién toca la guitarra?
ELIZONDO. Montoya, que es maestro.
MONTOYA. Y un poco afisionao.
ELIZONDO. Cuidao que eres modesto.
NIÑO. Y er cante, ¿quién se atreve?
SAMITIER. La Charo entiende de eso.
CHARO. ¿Pa este publiquito?
VENANCIO. No hay público más bueno.

(*Montoya, que ha tomado la guitarra de manos del tío Carrasco, se arranca con una falseta. El tío Carrasco hace otra vez mutis.*)

RUPERTO. ¡Olé!
VENANCIO. ¡Que sí!

(*Sidoro se acerca y mira con gran atención las manos de Montoya.*)

ELIZONDO. ¡San Diés! ¡Qué grande es Mon toya!
SIDORO. Eso..., eso lo haré yo el día menos pensao.
RUPERTO. ¿Tú?
SIDORO. En cuanto haiga guitarras de manubrio.

(*Abucheo.*)

NIÑO. Venga de ahí.
SIDORO. ¿Yo?
NIÑO. Alguien.
ELIZONDO. ¡Ené! Yo mismo.
NIÑO. No, hombre, que el zorcico no es flamenco.
ELIZONDO. El mío, sí.
NIÑO. Amos, anda.
SAMITIER. Arráncate, Charo.

(*Vuelve el tío Carrasco con las copas y sirve a las tanguistas. Cuando no queda más copa que la de Pirandello, se la bebe Sidoro.*)

CHARO. ¿Aquí?
SAMITIER. Pues ¿dónde? ¿En la Venta de Antequera?
RUPERTO. ¿Usté canta?
SAMITIER. Que si canta: en la mano.
RUPERTO. Vamos a verlo.
PIRANDELLO. (*A Sidoro, al ver que se bebe la copa.*)
¡Eh! ¡Que es la mía!
SIDORO. Se la debo.
PIRANDELLO. ¡Mi madre! ¡Lo lejos que llega el soplo del Guadarrama!
CARRASCO. Calma, que le pongo otra.
PIRANDELLO. Gracias, compañero.
MONTOYA. Que se me acaba el disco, niña.
RUPERTO. ¿Es que hay que pagar?

(*Echando mano al bolsillo.*)

SAMITIER. Póngale usté un duro en la mano, y le canta la buenaventura.

CHARO. ¡Exagerá! ¿Soy yo una desigente? *(Se bebe el coñac de un trago.)* ¡Hala!

(Cuando se dispone a cantar, se percibe el rumor de gente que cruza por la derecha. Revuelo. Alegría.)

CANTADO

NICASIA. *(Acudiendo a la ventana.)*
¿Qué sucede?
SIDORO. Que la banda
por los diestros viene ya.
NIÑO. ¡Es temprano!
RUPERTO. No asustarse,
porque no sucede na.
Es que vienen a osequiarles
con un poco de foxtrot.
NIÑO. Usté siempre tan inmenso.
CHARO. Yo prefiero charlestón.
RUPERTO. *(Asomándose a la ventana, por la que se ve a los músicos.)*
¡Charlestón!

(Ataca la banda un bailable.)

CHARO. Vamos a bailarlo.
RUPERTO. Yo no doy ni golpe,
y éste, que es Venancio,
ya lo dice el nombre.
NIÑO. Si me lo permite,
yo la haré pareja.
CHARO. ¡Olé!
ELIZONDO. Y yo, si no falto,
a la compañera.
RUPERTO. ¡Mu bien!

(Empiezan a bailar las dos parejas. Apartan Sidoro y Nicasia, hacia el fondo, la mesa del centro. Entran desde la calle con curiosidad mujeres y hombres del pueblo. A medida que avanza el bailable, se animan, primero, Nicasia y Sidoro, luego la criada y el mozo de cuadra, y, sucesivamente, Pirandello, con la mujer del Rey del aluminio, y el Melonero, con la suya.)

LOS QUE BAILAN.

En California
me amaba un negro,
y hoy yo me alegro
de verle regular,
porque era un negro
que cada día
se desteñía.
con el calor solar.
Y es que dos negras
californianas
por las mañanas
le daban de betún;
porque él ponía
sus ilusiones
en ser botones
del Ideal *Rún Rún*.
En California
todo es mentira,
y hay quien suspira
por irla á conocer.
Yo no suspiro

por ese anhelo.
¡A California
no pienso yo volver!

(*Sucesivamente van sintiendo los presentes el contagio y acaban por bailar todos menos Ruperto, Venancio y Montoya, que, como buen castizo, se muestra cariacontecido.*)

TODOS. En California
me amaba un negro
y hoy yo me alegro
de verle regular,
etc., etc.

HABLADO

MONTOYA. Maestro... ¡Maestro! ¿Que le haya visto yo con mis ojos?

NIÑO. ¿Qué?

MONTOYA. ¡Al Niño de la Carambola, de la escuela rondeña, bailando el charlestón! ¡Mare de mi arma!

ELIZONDO. Tú eres del siglo diesiocho o así.

MONTOYA. Yo soy de Graná.

NIÑO. Bueno...
(*A Ruperto.*)
¿Convidamos a los del Empastre?

RUPERTO. Ya está.

NIÑO. (*Asomándose.*)
Señores... Entrar ustés a tomar algo.

(Entran los músicos y se sientan en una mesa del fondo, donde el tío Carrasco y el mozo de cuadra les sirven café. Allí permanecerán todo el cuadro. Los del pueblo, el Rey del aluminio, el Melonero, sus mujeres, el Bisutero y el Alfarero, se van a la calle.)

RUPERTO. Hay que vestirse, Niño.

MONTOYA. Amos allá

NIÑO. Le vi a bridá a usté el colorao. Y si no le cortamos las dos orejas..., me corto el pelo al rape.

VENANCIO. ¿Queda firmao?

RUPERTO. Firmao...

(Mutis de los tres toreros a su cuarto.)

CHARO. ¿Nos vamos pa la plaza?

RUPERTO. Lo que quiera la Samitier.

SAMITIER. ¿Vamos en auto?

RUPERTO. En andas. Venancio, esto es cosa tuya.

VENANCIO. ¿No vienes tú?

RUPERTO. Hombre, yo... Si se lo cuentan a la Filomena...

SAMITIER. ¿Eres casao, mi vida?

RUPERTO. Casao.

SAMITIER. Como a mí me gustan.

RUPERTO. ¡Olé!

(Mutis de Charo, Samitier y Venancio.)

CANILLEJAS. ¿Te has fijao, Verderón?
VERDERON. Ni siquiera nos han dao café.
CANILLEJAS. Espás de cartel, que se les suben las orejas a la cabeza.
VERDERON. Ya verás, cuanto tú y yo seamos gente. Los maletas no van a comer ni alpiste.

(Mutis por la derecha. Ruperto, que ha despedido en la puerta de la calle a las chicas, cruza hacia el cuarto de los toreros. Pirandello le sale al paso.)

PIRANDELLO. Don Ruperto..., beso a usté la mano.

(Ruperto le pone la mano delante de la boca.)

RUPERTO. Si es capricho...
PIRANDELLO. Era metáfora.
RUPERTO. Bueno.

(Mutis al cuarto de los toreros.)

SIDORO. S'ha rajao
NICASIA. Padre: estoy intrigá.
PIRANDELLO. Pues interroga, porque ya sabes que yo le acierto las charadas a don Eugenio d'Ors.
NICASIA. ¿Es posible que, por dos duros de hospedaje, nos hayan dao de comer lo que nos han dao?

PIRANDELLO. Irrefutable.

SIDORO. El tío Carrasco es bastante carero.

PIRANDELLO. Inconcuso.

NICASIA. Sí, ¿eh? Pues entre mi padre y yo nos hemos comido, a saber: una tortilla de escabeche como pa una familia numerosa.

PIRANDELLO. De Cuba.

NICASIA. De Cuba o de Marruecos, que hay poligamia.

PIRANDELLO. Si digo el escabeche.

NICASIA. Una fuente de setas, (*Señalando un gran tamaño.*) como un estanque.

SIDORO. Cudiao con las setas que, a lo mejor, son hongos.

PIRANDELLO. No te apures, que a mí el hongo me sienta muy bien.

NICASIA. Una especie de ragú de cerdo que...

PIRANDELLO. (*Dando un manotón en el hombro a Sidoro.*) ¡Vaya cerdo!

NICASIA. Y, pa final, aparte los entremeses, que eran como de los Quinteros..., dos pollos a la broche...

PIRANDELLO. ...Que me he tenido que desabrochar.

SIDORO. Los pollos de Sotollano... tenemos fama.

(*Contoneándose, va a reunirse con los músicos.*)

PIRANDELLO. (*Cogiendo a Nicasia de una mano y trayéndola al primer término.*) ¿Has visto todo ese menú?

NICASIA. Lo he visto y no lo he visto, porque estaba famélica.

PIRANDELLO. Pues eso no es na, comparao con la cena y con el confor. Nos está instalando en el cuarto una ducha rusa.

NICASIA. ¿Una ducha rusa?

PIRANDELLO. Sí. Un barreño, una regadera colgá y en la paré una vista de Moscú.

NICASIA. ¡Qué tío!

PIRANDELLO. ¡Y ha puesto un telegrama pidiendo palillos!

NICASIA. Pero to eso, ¿a qué se debe?

PIRANDELLO. Lo grande es... que no se debe, que le he cogido el truco al tío Carrasco, y que, después de la temporada de feria, hacemos la de otoño y hacemos la Pascua.

NICASIA. ¿A quién?

PIRANDELLO. No me tires hachazos, que te arreo un capón.

NICASIA. Pero el tío Carrasco, ¿es un ilusionista?

PIRANDELLO. Algo más: ¡es un dramaturgo!

NICASIA. ¡Arrea!

PIRANDELLO. El no se había enterao de na. Notaba unos ligeros síntomas. Hacía coplas... Le chillaban los oídos... Pero cuando yo le dije que tenía una predisposición bárbara para la escena, se ha puesto a régimen y, en menos de dos horas, se le han ocurrido unas cosas, ayudao por mí, que...

NICASIA. *(Al ver al tío Carrasco que estaba*

sirviendo a los músicos unas copas y ahora se acerca.)
¡Cuidao!

PIRANDELLO. ¿Qué? ¿Cómo va eso?

CARRASCO. ¡Vaya! Avanzando. ¿A usté le gusta que aparezcan las ovejas ya limpias, mientras unos zagales amontonan la lana y otros recogen las tijeras?

PIRANDELLO. ¡Hombre! Esa escena es de Esquilo.

NICASIA. O, por lo menos, del Pastor-Poeta.

CARRASCO. Eso estará mu bien... Y llega el mayoral y va y dice:

> Siempre sos dejáis doquiera
> las ilusiones magüer...

PIRANDELLO. *(Imponiéndole silencio.)*
¡Chst! ¡A ver si nos lo copian! Vamos a dentro, amigo.

CARRASCO. Como usté quiera.

PIRANDELLO. Oveja que bala, pierde bocao, y si, como usté, bala y vale...

CARRASCO. Punto en boca.

PIRANDELLO. *(Llevándoselo por el foro.)*
Aquí no hay langostinos, ¿verdá?

CARRASCO. Aquí, no.

PIRANDELLO. Pues hay que pedirlos a Toledo.

CARRASCO. ¡Y se piden!

PIRANDELLO. ¡Ay, mi madre! ¡Qué repertorio se ha perdido España!

(Mutis de los dos.)

SIDORO. *(Acercándose a Nicasia, que ve marchar a su padre, embobada.)*
¿Qué le pasa a usté?

NICASIA. Que se me cae la baba mirando a mi papá.

SIDORO. (*Sacando un pañuelo de hierbas.*) Límpiese usté con el moquero, que es de toa confianza.

NICASIA. ¡Uf! ¡El moquero!

SIDORO. Ya sé, ya, que en Madrid son mu finos y lo nombran en inglés; pero aquí semos a la antigua española.

NICASIA. Y ¿cómo le llaman en Madrid?

SIDORO. ¡El *esmoquin*!

NICASIA. ¡Atiza!

(*Entra Pepe el Riojano, por la derecha.*)

PEPE. Buenas tardes.

SIDORO. Güenas.

(*Apartándose mohíno, porque Pepe no le mira con buenos ojos.*)

NICASIA. Mala cara traemos, amigo Pepe.

PEPE. Mal tiempo hace pa mí, aunque luzca un sol de justicia, y la cara no puede ser buena.

NICASIA. Usté no quiere confiarse a mí...

PEPE. ¿Pa qué? Eres muy niña aún pa entender mis cosas.

NICASIA. ¿Ha vuelto a ver a la Rosalía?

PEPE. No la he vuelto a ver desde esta mañana. La he maltratao..., ¡y creo que sin razón!

NICASIA. Eso me creo yo, sin conocerla. Tiene esa moza un mirar muy franco

pa que tengan razón los cotilleos de la gente.

PEPE. De su casa vengo... Es decir, de su puerta vengo, donde he llamao y nadie me contesta.

NICASIA. No habría nadie.

PEPE. Estaba ella... He sentío los pasos hacia la puerta por la parte de adentro y, por el ojo de la cerradura, he escuchao como un suspiro de rabia sorda, y aquí, en mitá del pecho, he sentío la punzaíca de una mirada, que era de ella.

NICASIA. Y usté iba pedirle perdón...

MUSICA

PEPE.

Cuando me ofenden, castigo;
si me maltratan, respondo;
pero también
sé perdonar,
sé comprender las razones
que obligaron a pecar.
Si esa mujer ha pecado,
quiero saber sus razones;
en su interior
quiero leer,
porque a mí nunca me engañan
unos ojos de mujer.

Y es su mirada un resplandor
de lucerico celestial,

que enciende en mi camino
la luz de un ideal.
(*Dudando.*) ¡Pérfida!
(*Resuelto.*) ¡No es verdad!
Si todo no es mentira,
me muero de pensar
que aquel amor feliz
se tiene que acabar.

Con razón dice el cantar:
«Aunque me engañe cualquiera,
no me engañarán dos cosas:
ni los labios de mi madre
ni los ojos de mi novia.»

Yo, que soñaba con ella
—fué la ilusión de mi vida—,
me he de marchar
sin conocer
qué misterioso enemigo
me ha podido a mí vencer.
No he de volver a mirarla,
no he de tenerla en mis brazos...
¡Cuánta ilusión
la que se va!
¡Cuánta estrellica se apaga
que ya nunca brillará!

NICASIA. Si es su mirada un resplandor
vuelva sus ojos a mirar
y acaso en su camino
le vuelvan a alumbrar.

PEPE. No podré
revivir

aquellas ilusiones
que puse en su querer.
La tengo que olvidar...
Me voy pa no volver.

¡Con razón dice el cantar! :
«Cuando llega el mes de mayo
los rosales reverdecen,
pero nunca resucitan
los amores que se mueren.»

(*Pepe inicia el mutis hacia la primera de la izquierda.*)

HABLADO

NICASIA. ¿Adónde va usté?
PEPE. A liar mis bártulos. Me voy pa mi tierra.
NICASIA. ¿Y el negocio, Pepe?
PEPE. No me compensa el vender toda la existencia, el perder lo que ya he perdío pa siempre. La feria de Sotollano me ha salío mal. ¡Paciencia, niña!

(*Mutis.*)

NICASIA. ¡Eso es un hombre! ¡Un hombre!
SIDORO. (*Acercándose.*)
Aquí hay uno pa lo que se anhele de él, siendo con buen fin.
NICASIA. ¿Usté es un hombre..., de verdá?
SIDORO. Tengo certificaos y comprobantes.
NICASIA. Pues..., ¡oído al parche! Motivo

de andar a mi alrededor desde esta mañana.

SIDORO. Que me gusta usté más que el jamón con tomate frito.

NICASIA. Con lo que sabe mejor es con huevos.

SIDORO. Con lo que sabe mejor es con hambre.

NICASIA. ¿Usté se casaría conmigo?

SIDORO. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

(*Como el que sufre una serie de punzadas en el corazón.*)

NICASIA. ¿Qué le pasa?

SIDORO. Que no estoy acostumbrao a que me toque el gordo.

NICASIA. Pero, en plata: ¿sí o no?

SIDORO. (*Bajando los ojos.*)
Sí.

NICASIA. Pues, ¡hecho! Tú me ayudas a arreglar una cosa y yo te ayudo a convencer a mi padre... Y, si lo convencemos, pues luego te ayudo a todo lo que se pueda hacer a medias.

SIDORO. ¡Ay! ¡Ay!
(*Transición.*)
¿Qué hay que hacer?

NICASIA. Ahora..., echar un pregón por todo el pueblo diciendo que Pepe el Riojano se va y liquida a precios de competencia todo el género. Y, luego, volver aquí.

SIDORO. ¿Tú sabes que los pregones los cobro a dos reales?

NICASIA. ¡Hombre!...

(Queriéndoselo pagar.)

SIDORO. No, si es pa que te enteres de que, por ser cosa tuya, pues con real y medio..., ¡en paz!

(Se va por la derecha, tocando la trompeta.)

NICASIA. ¡Lo que se reirían de mí si yo me enlazara con este grullo! Vamos, es que se expendían billetes de ida y vuelta con rebaja de precios.

(Sale Pirandello con una bolsa de comestibles deshecha y leyendo en ella.)

¡Padre!

(Pirandello sigue avanzanzando y leyendo.)

¡Padre!

(Lo mismo hasta que ella le da un suave manotazo en el papel.)

¡Caray, padre! ¿Está usté sordo?

PIRANDELLO. ¡Asombrao estoy! ¿De dónde se sacará este hombre unas frases tan clásicas?

(Leyendo.)

«Déjeme usté, señor cura,
que a mí m'ha engañao la Ufrasia,
¡y la mato por perjura
y, a más, por antonomasia!»

NICASIA. (*Cogiendo el papel y rompiéndolo.*) Esto es una tontería muy grande.

PIRANDELLO. Nicasia, que acabas de romper un entrecot.

NICASIA. ¡Siéntese usté ahí!

(*En la primera mesa de la derecha.*)

PIRANDELLO. ¿Aquí?
(*Se sienta.*)

NICASIA. Ahí.
(*Se sienta también.*)
¿Usté tiene conciencia?

PIRANDELLO. Me han dicho que sí. Ahora, que también me han dicho que tengo bazo y yo nunca me lo he visto.

NICASIA. Pero, el corazón, sí se lo habrá usté sentío alguna vez.

PIRANDELLO. Cuando me asusto.

NICASIA. Pues hágase la cuenta de que yo soy la guardia civil y usté un chalán...

PIRANDELLO. ¿Un chalán?

NICASIA. Gitano.

PIRANDELLO. Gracias.

NICASIA. A mí, de pensar que estamos comiendo en esta elegante posada, mercé a dos duros que nos han dao por mortificar a una mujer, me se están revolviendo las tripas.

PIRANDELLO. Eso es el escabeche.

NICASIA. ¡Eso es la conciencia!

PIRANDELLO. Que me vas a hacer creer que la conciencia se tranquiliza con bicarbonato.

NICASIA. Bueno, padre; usté está lanzao,

porque no está aquí madre; pero yo, que soy mitá y mitá, no transijo con lo que sucede.

PIRANDELLO. Pero, ¿qué es lo que sucede, niña?

NICASIA. ¿Usté no le debe al Riojano una buena amistá?

PIRANDELLO. Una buena amistá y once duros.

NICASIA. Pues amor con amor se paga, y, en cuanto a los duros, puede que se los perdone si usté y yo le hacemos un favor muy grande.

PIRANDELLO. (*Arrimándose.*)
¡A ver! ¡A ver! Planéame el finiquito.

NICASIA. Pepe está convencío de que la Rosalía es una mujer buena.

PIRANDELLO. Dime una buena mujer y ¡de acuerdo!

NICASIA. Usté no sabe ná de los pueblos.

PIRANDELLO. ¡Bueno! Pero háblame de Constantinopla, que ahora le llaman Stambul, y soy el amo.

NICASIA. Una apariencia, padre, es causa de muchos crímenes... Otelo mató a Desdémona por una ofuscación. César murió...

PIRANDELLO. Por Bruto.

NICASIA. En resumen, que yo quiero que el propio Pepe le detalle sus relaciones con esa moza.

PIRANDELLO. Ya está.
(*Poniéndose de pie.*)

NICASIA. Que usté le saque el motivo de haber estao desapartaos tanto tiempo.

PIRANDELLO. Se lo saco.

NICASIA. Y luego..., ¡a escena! Que ese Ru-

perto a mí me parece un bandido...

PIRANDELLO. ¡Que me ha dao diez pesetas!

NICASIA. Pues ponga usté un bandido generoso, pero tiene once gatos en la barriga y hay que cortarle las uñas.

PIRANDELLO. No habrás olvidao que es el hijo del alcalde.

NICASIA. ¿Y qué?

PIRANDELLO. Que nos exponemos a...

NICASIA. ¡No importa!

PIRANDELLO. (*Haciendo mutis por la primera de la izquierda.*) Me veo en Tegucigalpa..., ¡que ni pá Dios le cambian el nombre! (*Vase.*)

NICASIA. Y si ahora lograra yo... ¡Banastas! ¡Ella!

(*Entra por la derecha Rosalía.*)

ROSALIA. Buenas tardes.

NICASIA. Salud... ¿Puedo servirla en algo?

ROSALIA. Oiga usté, joven... ¿Es guasa? Porque yo soy de pueblo, pero...

NICASIA. No siga usté, Rosalía. Usté me insulta y yo, callá; usté me pega y yo, quieta... Usté me perdona y me da la alegría más grande del mundo.

ROSALIA. ¡Qué cambio!

NICASIA. Ni cambio ni ná... Mi padre y yo somos inresponsables.

(*Entra la tía Sabina por la derecha.*)

SABINA. ¡Rosalía!

ROSALIA. ¡Madre!
(*Seria.*)

SABINA. ¿A qué entras aquí?

ROSALIA. A que me mate Pepe.

SABINA. ¡Rosalía!

ROSALIA. ¿No piensa que soy mala? ¡Que me vea serlo! ¿No duda de mí? ¿No me cree el capricho de unos y otros? ¡Que me vea alternar con tós! ¡Y que me mate, por celos, pa que yo me muera sabiendo que me quiere!

NICASIA. Pues también ella es una mujer, ¡rebanastas!

ROSALIA. Váyase usté, madre.

SABINA. ¿Dónde está Pepe?

NICASIA. Ahí.
(*Señalando el cuarto del Riojano.*)

ROSALIA. Váyase usté, le digo.

SABINA. Pero, ¿cómo voy a irme sabiendo que vienes a que te maten y que está en ese cuarto el matador?

NICASIA. No, señora; el matador está en ese otro.
(*El de los toreros.*)
Pero, a lo mejor, a aquél y a ése les dan los tres avisos...

SABINA. Vente tú, Rosalía.

ROSALIA. De aquí no me muevo. Pepe el Riojano no se va con la duda. O me cree o me mata. Son muchos años de ilusión pa que se vuele en un soplo.

NICASIA. Váyase usté tranquila, que el Riojano es un caballero.

SABINA. Pero un acaloro...

NICASIA. No se acalora, porque está con mi

padre. Ande, señora, que yo la acompaño... Que hablen, que se desahoguen.

SABINA. Pero, ¿eres tú, Sabina? ¿Eres tú? ¿No la coges del moño y te la llevas a rastras?

ROSALIA. Porque no me querría usté bien si hiciera eso.

SABINA. Porque contigo no tengo carácter.

NICASIA. Porque tié razón.

SABINA. ¿Usté la anima?

NICASIA. Tié que aclararlo todo esta mujer. Vamos, señora, que no pasa ná. (*Cogiéndola cariñosamente.*)

SABINA. En vilo me voy.

ROSALIA. No se asuste, madre. Me mataría el peso de mi deshonra.

SABINA. Si te mata, me das una voz.

NICASIA. Vamos, doña Sabina.

(*Mutis por la derecha de Sabina y Nicasia. Sale por el foro el tío Carrasco.*)

CARRASCO. (*A los músicos.*)
¿Qué tal el moka?
(*Viendo a Rosalía.*)
Pero, ¡leñe!
(*Avanzando.*)
¿Qué haces aquí tú?

ROSALIA. Que me han dicho que estaba animao este patio. Ya veo que no.

CARRASCO. Se fueron pa los toros los más.

SIDORO. (*Entrando por la derecha.*) Ya está. Pregón con toque floreao y con rebaja.

(*Viendo a Rosalía.*)
¡Muchacha!

ROSALIA. ¡Cuánto choca una mujer cuando se sale de sus costumbres!

(*Salen por la segunda de la izquierda Ruperto, Montoya, con el lío de los capotes y las maletas y el estuche de los estoques y el Niño de la Carambola y Elizondo, completamente vestidos y con los capotes de paseo al brazo.*)

MONTOYA. ¡Al avío!

NIÑO. (*A Ruperto.*)
Que sepa yo dónde se pone usté pa brindarle el colorao.

RUPERTO. Tengo palco: el del alcalde.

ELIZONDO. Párele usté el reló, por si acaso.

SIDORO. ¿Toco a fagina?

RUPERTO. (*Al ver a Rosalía.*)
Aguarda.

NIÑO. ¡Casa! Unos vasos de vino pa hacer coraje.

CARRASCO. Aquí estaban ya preparaos.

NIÑO. ¿Don Ruperto?
(*Ofreciéndole un vaso.*)

RUPERTO. Lúcete con esa moza, que es de Miura.

ROSALIA. (*Aparte.*)
¡Ladrón!

NIÑO. (*Acercándose a Rosalía con el vaso en la mano.*)
Tóquelo usté con los labios pa que me dé buena suerte.

ROSALIA. (*Reponiéndose.*)
Gracias. A eso he venío aquí. A darles a ustés ánimos, porque a mí me gustan mucho los hombres guapos.

MONTOYA. ¡Ole!

MUSICA

ROSALIA. Ustés son forasteros.
No saben quién soy yo.
NIÑO. Una mujer de buten.
MONTOYA. ¡Vaya mujer, chavó!
ROSALIA. Y es raro que no sepan
mi historia todos ya.
ELIZONDO. ¿Qué historia es esa historia?
RUPERTO. Ya se les contará.

SIDORO. (*Al tío Carrasco.*)
Yo no entiendo una palabra.
ELIZONDO. ¿Qué historia es esa historia?
SIDORO. La corrida me parece
que esta vez se adelantó.

(*Mientras, de la calle entran algunos grupos de hombres y mujeres.*)

RUPERTO. (*A Rosalía.*)
Cualquiera pensaría
que todo va por mí.
ROSALIA. Tú sabes que más guapo
no habrá ninguno aquí.

¿Por qué me miras tanto?
¿Te extraña mi actitud?
RUPERTO. Me gusta la franqueza.
ROSALIA. Ya lo sabías tú.
RUPERTO. Sé clara, Rosalía.
ROSALIA. Más clara que la luz.

Cuando todas las mozas
van a los toros
con su pareja,
una sola en el pueblo
se queda en casa,
por culpa de ella,
que fué liviana,
que fué coqueta,
que ya no tiene
ni quien la quiera.
Y viene a la posada
pa que se sepa,
que si no tiene novio
fué culpa de ella.

RUPERTO. Esa moza tan guapa
no va a los toros,
porque ella quiere;
esa moza ya sabe,
que, si me busca,
me encuentra siempre.
ROSALIA. ¡Jesús, qué cosas
tan sorprendentes!
RUPERTO. ¡Pa cosas buenas,
las que tú tienes!

ROSALIA. Y has tardado en fijarte,
¡qué mala suerte!,
porque has visto las malas
tan solamente.

TODOS. Con los ojos a los hombres
desafía esa mujer.
Tiene fuego en la mirada
y en la voz
una sal muy salada.
Con los ojos a los hombres
desafía esa mujer.

ROSALIA. Ya sabéis a qué vine,
¡y el que no lo comprenda,
que lo adivine!

TODOS. Dan ganas de gritar:
¡Olé!, ¡y olé!, ¡y olé!

RUPERTO. En tu garbo y en tu gracia
yo no había reparao.
(*Intentando abrazarla.*)
Ven aquí, paloma blanca.

ROSALIA. ¡Ahora te has equivocao!

(*Un momento antes han aparecido por la izquierda Pepe y Pirandello. Por la derecha, entra Nicasia.*)

PEPE. ¡Qué haces aquí, mujer!

ROSALIA. No me preguntes nada,
que demasiado tú
sabes que soy muy mala.

CORO. Causa de perdición
son las mujeres guapas.

PEPE. Dime que no es verdá,
pero no con palabras.

ROSALIA. ¿No decían que los hombres
se alababan de su suerte,
que yo soy en Sotollano
la peor de las mujeres?
Ya ves tú que no es mentira,
lo que dió en decir la gente,
¡y aquí estoy pa que se vea
que ya soy como me quieren!

PEPE. ¿Y ese guapo que codicia
los primores de tu cuerpo?

ROSALIA. Este es uno que ya sabe
que, aunque me toque, no hay mie- [do.

RUPERTO. ¡Y es sobrada impertinencia
la que tiene el forastero!

PEPE. Si es sobrada, como dices,
¡ahora mismo lo veremos!

(Se abalanza sobre Ruperto; hay unos instantes de barullo e intervienen los hombres, separando a los contendientes. Rosalía se repliega a la izquierda, asustada de su propia imprudencia.)

RUPERTO. *(A Sidoro.)*
Coge a ese bravo, tú.
Llévalo a un calabozo.

(Sidoro y el alguacil cogen a Pepe, cada uno por un brazo.)

ROSTLIA. (*Aparte.*)
¡Sálvalo, por favor,
Dios Todopoderoso!

CORO. Causa de perdición
son las mujeres guapas.

ROSALIA. Pepe, la culpa fuí
de tu fatal desgracia.

PEPE. Dios te perdone la herida
que me has abierto en el alma,
porque en mitad
del corazón
vino a clavarse la espina
de tu pérfida traición.
Yo te adoré, Rosalía,
desde mi nido lejano
y alimenté
la pretensión
de realizar algún día
mi quimérica ilusión.

ROSALIA. (*Aparte.*)
¡Ay, que me muero de pensar
que a darle celos me atreví!
Por un capricho necio,
pa siempre lo perdí.
(*A Pepe.*)
¡Oyeme!

PEPE. ¡Déjame!
Cuando el amor se muere,
no resucita ya.
¡Me voy pa no volver!
¡Me debes olvidar!

(*Sidoro y el alguacil se llevan a Pepe por la derecha. Los sigue Pirandello. Rosalía, anonadada, se sienta junto a la*

mesa de la izquierda, dejando caer la cabeza sobre los brazos.)

RUPERTO. Se ha acabao el incidente.
Aquí no ha pasao na.
Todo el mundo a la corrida,
que las cuatro van a dar.

(Los de la banda atacan su pasacalle—no saben otro—, y desfilan hacia la calle, seguidos por los toreros y la gente del pueblo. El tío Carrasco recoge los servicios y se va con ellos por el foro. Nicasia se acerca despacito a Rosalía y le levanta la cabeza cariñosamente.)

HABLADO SOBRE LA MUSICA

NICASIA. No llore usté, Rosalía. Confíese conmigo... Que a mí me dice el corazón que usté es una víctima y estoy leyendo en esas lágrimas que es más buena que un drama de Echegaray. Hable usté, ¡rebanastas!, que aquí estoy yo.

(A lo lejos, el pueblo corea el pasacalle. Telón lento.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La embocadura del guiñol de Pirandello, exactamente reproducida en grande, con su rótulo en la parte superior y sus cortinillas que se abren y cierran en sentido horizontal. En el zócalo de la embocadura, el busto del maestro de la orquesta, visto de espaldas, con los brazos abiertos y la batuta en la mano derecha. A ambos lados del director, la orquesta, constituída por un violín y un contrabajo, a la izquierda, un saxofón y un tuba, a la derecha. El director y los instrumentistas de cuerda tienen los brazos postizos, superpuestos en el lienzo de pared; los músicos de viento tienen postizo, en la misma forma, de cintura para arriba. A su debido tiempo, cobran acción en estas partes superpuestas, accionadas por detrás del teatrillo. (1).

(Al comenzar el cuadro, aparecen las cortinillas descorridas y «actuando» los fantoches, incorporados por Nicasia y Pirandello. Ella representa una joven pueblerina, paleta hasta los tuétanos: la Segunda; él, una vieja desdentada y rugosa: la tía Pilonga. Ambas llevan pañuelos a la cabeza y toquillas o pañoletas de colorines. Por supuesto, ac-

(1) Cuando esto no sea posible, podrá hacerse el cuadro con la supuesta orquesta pintada simplemente.

cionan como fantoches, con las mangas sin brazos, e imitan con la voz las inflexiones graciosas de los muñecos de guiñol.)

HABLADO

SEGUNDA. Pero, ¿es verdá, tía Pilonga?
PILONGA. ¡El Evangelio, Segunda!
Esa moza no se casa,
porque, si alguno la busca,
cuando se entera hace «fu»,
que quié decir: ¡Güi!
(Con un sonido gutural, característico de los fantoches.)
SEGUNDA. *(Lo mismo.)*
¿Güi?
PILONGA. «Nunca
me casaré con mocita
que otro galán la disfruta.»
SEGUNDA. Pero, ¿quién la ha disfrutao?
PILONGA. ¿No lo sabes?
SEGUNDA. Se murmura
de un feriante de la feria,
que vino con una mula.
Pero, ¿eso es verdá?
PILONGA. Más fijo
que los cuernos de la luna.
SEGUNDA. No lo creo, tía Pilonga.
PILONGA. Miá que eres bestia, Segunda.
¿no te acuerdas de que vino
por cuando la dictadura,
que, cuando Dios dice: «¡Ahí va!»
todos los males se juntan?
¿No te acuerdas de que hablaba

con ella en la noche oscura
y en la casa se metía
y ya dentro..., ¡tú calcula!

SEGUNDA. Y, ¿usté lo vió, tía Pilonga?

PILONGA. Yo no lo he visto, Segunda;
pero tengo la experencia
de cuando entraba el tío Chufa,
que me casé en San Máteo
y fuí madre por San Lucas.

SEGUNDA. Pues yo sé más y me callo,
porque dice el señor cura
que el que propala un secreto
es un Herodes o un Judas.

PILONGA. Y, ¿qué sabes tú?

SEGUNDA. ¡La mar!
¡Que tó eso es una calunia!
¡Si yo hablara, tía Pilonga!

PILONGA. ¡Expláyate ya, Segunda!

SEGUNDA. Pues... ¡ahí va! Que ya me duelen
las quijadas de estar muda.
Esa moza es una santa.

PILONGA. ¡Güi! ¡Güi!

SEGUNDA. Y usté es una bruja.

PILONGA. Mira que saco la escoba
y es fácil que te sacuda.

SEGUNDA. A esa moza la quería,
con intenciones ocultas,
el hijo del tío Chanchullo...,
que ahora es alcalde y que turna
en el mando, aconchabao
con el tío Contratas Sucias.

PILONGA. ¡¡Qué dos motes más bien puestos!

SEGUNDA. Cállese y no me interrumpa.
La quería ese mocete,
y le dió una rabia inmunda
ver que ella le hacía cara

a un hombre con más hechuras.
Y le inventó esas acciones,
que en jamás hizo ni nunca,
porque entonces, pa la rabia,
no existía la vacuna.
¿Está claro, tía Pilonga?

PILONGA. No está mu claro, Segunda,
que el hijo del tío Chanchullo
se casó...

SEGUNDA. Con una burra.

PILONGA. Lo sé por el zapatero
que le hace las herraduras.
Pero es mu guapa y mu rica.
Le ha puesto una casa chusca.

SEGUNDA. Ella a él.

PILONGA. Esatamente.
Y siete pares de mulas
le ha puesto, que son la envidia
de los que tién sembraúra.
Y le ha puesto una cartilla
en el Monte por si enviuda.

SEGUNDA. Y a lo demás que le ha puesto
¡bien que se le ve la punta!

PILONGA. ¿Tú lo has visto?

SEGUNDA. Sí, señora.

PILONGA. ¡Detállamelo!
(Acercándose.)

SEGUNDA. Ni en chufla,
que usté tié mu mala lengua.

PILONGA. Sí, que tú la tiés menuda.

SEGUNDA. Y pa acabar..., el feriante
se casará con...

PILONGA. ¡Aúpa!
¿Con ella, con esa moza
que tié esa fama tan sucia?

SEGUNDA. Con esa misma, porque él

se chincha en los que murmuran,
y, cuando ambos se quisieron,
ni hablaba en la calle oscura,
ni entró en la casa de noche,
ni hizo más que estar tarumba
por ella y ser más decente
que tós los que la calunian.

PILONGA. Y, entonces... ¿por qué se fué
juyendo como un granuja?

SEGUNDA. ¡Porque era casao, señora!

PILONGA. ¿Casao?

SEGUNDA. ¡Casao! Y por culpa
de este pequeño detalle,
cuando advierte que ella es una
virtú romana..., ¡romana!,
que no es de las que se juntan,
pa que usté se entere, va
y la dice: ¡Adiós!, y jura
pa sus adentros que el día
que se sacuda las pulgas,
viene al pueblo y con la moza
se casa en segundas nucias.
¡Y hablan de Guzmán el Bueno!

PILONGA. ¡Hay unas lenguas, Segunda!

SEGUNDA. La de usté, pongo por caso.

PILONGA. Cállate, que va a haber zurra.

SEGUNDA. Si está a la vista... Si usté
debía ser sordomuda.

PILONGA. Segunda..., eres la primera
que m'ha faltao.

SEGUNDA. ¡Ni la última!

PILONGA. ¡Mocosa!

SEGUNDA. ¡Guarra!

PILONGA. ¡Indecente!

SEGUNDA. ¡Cotillona!

PILONGA. ¡Escuerzo!

SEGUNDA. ¡Bruja!

(Sacan sus respectivas palmetas y empiezan a sacudirse, diciendo siempre: «¡Güi!» «¡Güi!», hasta que se corren las cortinas.)

INTERMEDIO

(Sale Sidoro muy cariacontecido. Vacila, mira a la izquierda, atisba por las cortinillas el interior del escenario del guiñol.)

RUPERTO. *(Cuya voz suena dentro, por la primera caja de la izquierda.)* ¡Vamos, hombre!

SIDORO. ¡Ya voy, carabina!... Pierda usté cuidao, que no me s'olvida ná. *(Como en aparte.)* ¡Ay, qué leñe! Y que sea yo mesmo el que... Decían ahí *(Por el guiñol.)* que si Guzmán el Bueno. ¡Yo sí que soy Sidoro el Inmejorable! *(Como antes.)* ¡Ya! ¡Ya está! Es que me lo estaba repasando. *(Aparte.)* ¡Pecho al agua!

(Toca la trompeta y le sale muy desigual el toque. Aparte.)

Hasta la corneta llora
la pena del alma mía.

¡Hala, Sidoro!

(Subiéndose los pantalones por la cintura. Pregonando.)

«De orden... del señor alcalde..., se hace saber:

(*Intenta tocar y no le sale más que el aire. Entonces, deja caer la trompeta por su peso.*)

¡Que no me sale!...

(*Cierra el puño, lo aplica a la boca y con ésta simula el toque.*)

¡Ole! «El señor alcalde... no se chupa el índice, ni el miñique..., ni el deo gordo..., que ese se lo chupa cualquiera...»
(*Suspirando.*)
¡Ay, mi madre! «La pieza que se acaba de representar... es un delito... de atentao a la autoridá... con...»

(*Al sitio donde se supone que está Ruperto.*)

¿Con qué? ¡Ah, sí! «Con presmeditación... alevosia... y rindecencia.» ¡Ole! «Y al ojeto de no suspender la junción... que es la mar de guena»...
(*Aparte.*)
Esto es mío...
(*Sigue.*)
...«Así que se acabe... se costituirán en prisión... las llamás Segunda... y Pilonga»... ¡Ay, esto sí que es

grande!... «Así como también... el llamao Pirandello... por mal nombre... y..., y..., y..., y la Nicasia»...

(*Sin salirse del tono del pregón, pero gimoteando.*)

...« con lo rica que es..., ¡mecachis en la mar!» ¡Güeno! Güeno! ¡No pueo más! Voy al entierro... de mi mesmo corazón.

(*Hace mutis por la derecha, tocando con la trompeta una marcha funeral.*)

MUSICA

(*Breve preludio guiñolesco, con intervención de la fingida orquesta, que se mueve a ritmo. Se descorren las cortinillas y aparecen Nicasia, vestida de quinto, con gorrillo cuartelero, mofletudo y colorado, y Pirandello de guardia inglés, con casco.*)

NICASIA. Lo mejor del puro habano
son las últimas chupadas.

PIRANDELLO. Lo mejor de las mujeres,
las primeras calabazas.

NICASIA. Lo peor pa'l vino güeno
es cogerlo y bautizarlo.

PIRANDELLO. Lo peor pa un güen marido
es que el pobre sea manco.

LOS DOS. Tipitín,
con el levitín;
tipitán,

con el balandrán.
Don Venancio y don Crispín,
¡qué elegantes estarán!
Tipitín,
con el levitín;
tipitán,
con el balandrán.
¡Don Venancio y don Crispín!
Ah!
Con el levi-levitín;
con el balan-balandrán.

NICASIA. Ya te veo, Nicanora,
junto al chico de la Prisca.

PIRANDELLO. El ya sabe lo que logra
quien a buen árbol se arrima.

NICASIA. Yo me arrimé a un pino verde,
por ver si me consolaba.

PIRANDELLO. Y el consuelo que he tenido
es que me llenó de manchas.
Tipitín,
con el levitín;
tipitán,
con el balandrán,... etc, etc.

(Después del estribillo, inician un baile frenético, secundados por la fingida orquesta, que ataca un «vivacísimo», hasta que el «maestro» se vuelve loco y acaba por girar el brazo de la batuta por detrás de la espalda. Caen Nicasia y Pirandello «rendidos» sobre la batería del guiñol, y se corren las cortinillas. Telón y mutación.)

CUADRO TERCERO

Un patinillo del Ayuntamiento, alegre e iluminado. A la derecha, portón abierto que comunica con la calle. A la izquierda, un arquito, en primer término, sin puerta, que da acceso a un pasadizo. En segundo término, una puertecilla practicable, pintada de rojo y con gatera. En el foro, edificación de una sola planta, que ocupa los tres cuartos de la anchura del escenario. En ella, dos puertas practicables, también rojas. La más próxima al lateral derecho, tiene un ventanuco a la altura de la cabeza de un hombre. La otra, un montante sin cristal, practicable. En el cuarto que resta a la izquierda, una rinconada y, en ella, el brocal de un pozo. Por encima de la edificación del foro se ve la parte trasera de la casa consistorial con un gracioso torreón. En la esquina que forma la edificación del foro, el pie de una parra, que se extiende sobre las dos puertecillas y sombrea el pozo. Junto a éste, un bocoy pequeño con un tubo de goma en la boca.

(En los departamentos cuyas puertas dan a este patinillo están encerrados, respectivamente, Nicasia a la izquierda,

Pirandello en el centro y el Niño de la Carambola a la derecha. Sidoro aparece tumbado en el suelo, con la cabeza junto a la gatera, hablando con Nicasia.)

HABLADO

SIDORO. Yo sí que sufro de verte ahí encerrá, sin que te dé el aire y el sol... ¿Quiés que te de la mano, pa que veas que lo que de mí depende te lo doy?

NICASIA. (*Dentro.*)
¿Te la has lavao?

SIDORO. No; pero... ¡aguarda!
(*Finge escupirse las manos y frotárselas.*)
¡Ya!
(*Metiendo la mano por la gatera.*)
¿Dónde estás?
(*Saca un zapato.*)
¡Mi madre!

NICASIA. (*Dentro.*)
¡Sinvergüenza! ¿Por qué me has quitao el zapato?

SIDORO. Porque tú m'has dao pie.

(Se lo devuelve. Por el montante de Pirandello asoma un muñeco del guiñol, accionando: justamente el guardia que él interpretó en el cuadro anterior.)

PIRANDELLO. ¡Eeech! ¡Eeech!

SIDORO. (*Volviéndose a mirar y sentándose en el suelo.*)
¡Carabina! ¿Qué quiere usté?

PIRANDELLO. Que ojito, ¿eh? ¡Ojito!

SIDORO. Pero, ¿ha visto usté algo malo?

PIRANDELLO. ¡Sipi!

SIDORO. ¿Por dónde?

PIRANDELLO. Por el periscopio; y, si castigas a mi niña, verás cómo lo pasa la tuya.

SIDORO. ¿La mía?

PIRANDELLO. Con el puñetazo que te voy a dar en un ojo.

CARRASCO. (*Entrando por la derecha con un cesto de comestibles.*)
¡A la paz de Dios!

PIRANDELLO. (*Escondiendo el muñeco.*)
¡A casa, que llueve!

SIDORO. Güenas, tío Carrasco. ¿Qué? ¿De la compra?

CARRASCO. Sí, hombre, sí. Y preocupao con que no habrá cenao anoche este amigo mío...

SIDORO. Ni él ni la Nicasia. Gracias a que yo les di esta mañana unos alcahués.

PIRANDELLO. (*Asomando otro muñeco.*)
¡Cuatro!

CARRASCO. ¿Qué?

PIRANDELLO. Cuatro pa los dos.

SIDORO. ¡Anda! Pues al Niño de la Carambola no le he dao más que uno.

PIRANDELLO. Y ¡menudo cólico ha pescao!

(*Mutis del muñeco.*)

CARRASCO. ¿También está ahí el matador?

SIDORO. Ya ve usté... Aquí lo mismo encerramos por matar que por no matar. ¡Y habiéndoselo brindao a Ruperto! Lo ha tomao el alcalde como una ofensa personal.

NICASIA. (*Dentro.*)
Bueno, pero eso de la compra, ¿es a plazos?

CARRASCO. No, mujer... Ahí va.
(*Acercándose a la gatera.*)
Un pan de barra.
(*Se lo da.*)

SIDORO. Especial pa bujeros.

CARRASCO. Aquí hay una hogaza.

PIRANDELLO. (*Asomando al muñeco.*)
Especial pa montantes.

SIDORO. (*Que ha cogido la hogaza, la echa por el montante.*)
¡Duro!

PIRANDELLO. (*Dentro.*)
¡Ay! ¡Duro y a la cabeza!

CARRASCO. ¡Ahí va! Una morcilla bien curá.

PIRANDELLO. (*Enseñando el guardia.*)
¡Eeeeh! ¡Eeeeh!

SIDORO. ¿Qué dice el guardia?

PIRANDELLO. (*Con su voz.*)
¡Que le den morcilla!
(*Con la voz del muñeco.*)
Aunque sea convaleciente.

CARRASCO. Pa usté he traído una lata de sardinas.

PIRANDELLO. ¿Hasta aquí viene usté a darme la lata?
(*Sacando el muñeco.*)
¡Vanguardista!

SIDORO. ¡Amos! Que están en escabeche. (*Se la echa por el montante.*)

PIRANDELLO. Y esto..., ¿con qué se abre, amigo hostelero?

CARRASCO. Pero, ¿no tiene la llave?

PIRANDELLO. Si tuviera la llave, me había escapao.

SIDORO. Se ha quedao en el cesto. (*Se la echa también.*)

CARRASCO. Y, pa remate, vino de la tierra. (*Saca un frasco de cristal blanco con vino tinto.*)

PIRANDELLO. (*Sacando un muñeco.*) Venga, venga, venga... (*Baila el muñeco.*) ¡Olé! ¡Olé! ¡Olé!

SIDORO. Pero, ¿cómo le tiro el recipiente, pa que se haga añicos?

NICASIA. Démelo a mí y que beba por poderes.

PIRANDELLO. Primero, papá; primero, papá... (*Bailando el muñeco.*)

SIDORO. ¡Aguarde usté! (*Cogiendo el tubo de goma del bocoy.*) Lo que no cavile un alguacil...

CARRASCO. No es mala industria.

SIDORO. Así lo repartimos en forma equitativa.

(*Mete una punta del tubo en el frasco y echa la otra punta por encima del montante.*)

Coja y succione.

(*Sostiene el frasco en alto*

Entra la tía Sabina por la derecha.)

SABINA. Me alegro de veros. Ya estamos vengás. ¡Dios es grande!

CARRASCO. ¿Qué te pasa, mujer?

SIDORO. ¡Carabina! ¿Qué ocurre?

SABINA. No lo sabe naide; pero a mí me lo ha dicho la Leandra, que está sirviendo en casa del Ruperto.

CARRASCO. ¿Qué te ha dicho?

SABINA. Ya se sabrá, ya. Una noche se oculta; pero más de un día es imposible. ¡Estamos vengás!

SIDORO. Hable usted en plata, carabina.

SABINA. Que la Filomena, la mujer del Ruperto... ¡se ha escapao con el domador del circo «Krone»! Ayer tarde, mientras la función del teatro de fantoches.

SIDORO. (*A Pirandello.*) ¡Usté es adivino!

(*Al ver que no queda vino en el frasco.*)

¡Usté es una sanguijuela!

CARRASCO. ¡Ahí va!

SIDORO. ¡Qué hacha pa el biberón?

PIRANDELLO. (*Dentro.*) ¿Es que se ha acabao?

SIDORO. ¡Vamos! ¡Liquidación total de todo el líquido! Nicasia, perdona. Y perdone usté, tía Sabina, que...

SABINA. Pero, ¿os habéis enterao?

CARRASCO. ¡Qué sorpresa!

SABINA. Sorpresa, pa los que no supiesen que la Filomena era una tal y una cual.

SIDORO. Una especie de fiera que le faltaba al domador.

CARRASCO. ¡Vaya un domadorcito!

SIDORO. El único artista que no habíamos metío en chirona.

SABINA. Güeno, esto que os he dicho, no lo contéis vosotros, que la Leandra me lo ha contao en secreto. Y que quiero ver la cara que pone cada uno cuando yo se lo cuente. ¡Adiós!

CARRASCO. Espera.
(Cogiendo el cesto.)

SABINA. Ande, tío Carrasco, no se nos adelanten las cotillas del pueblo.

CARRASCO. Adiós, amigos.

SABINA. Adiós.

PIRANDELLO. *(Sacando un muñeco.)*
¡Adiós!

(Mutis del muñeco.)

SIDORO. ¡Qué mujeres, Sidoro!

NICASIA. ¡La caraba!

NIÑO. *(Abriendo el ventanillo.)*
Oiga, maestro. ¿Me pueden traer un café del Colonial?

SIDORO. Sí; pero pué que tarde.

NIÑO. Es que estoy que me caigo. Ábrame usté, maestro.

SIDORO. Pero si tié las llaves el hijo del alcalde, y nos las suelta ni a tiros.

NIÑO. ¡Qué tío más malo! A mí es la primera vez que me corresponden a un brindis con un encierro.

SIDORO. Y que aquí no es como en otras partes, que el encierro es antes de la corrida.

NIÑO. ¿Cuánto calcula usté que me tendrán encerrao?

SIDORO. Seis u siete años.

NIÑO. ¡Chavó! Me pierdo tres fechas.

SIDORO. ¿Es que no toreas más que los bisiestos?

NIÑO. Y no todos... ¡Vaya! Voy a seguir durmiendo, que a mí el sueño me alimenta.
(Cierra el ventanuco.)

SIDORO. ¡Probecillo! Es vegetariano.

(Se arrodilla ante la puerta de Nicasia y se asoma por la gatera.)

Se jama, ¿eh?

ROSALIA. *(Entrando por la derecha.)*
Ave María...

SIDORO. Ora pro nobis.

ROSALIA. ¿Dónde está Pepe?

SIDORO. *(Levantándose y señalando el pasadizo de la izquierda.)*
Ahí; en la mazmorra. Preso político.

ROSALIA. ¿Sin comer?

SIDORO. Ni una miga.

ROSALIA. ¿A oscuras?

SIDORO. No sabe na. ¿Has visto, chica?

ROSALIA. ¿Te ha dicho algo de mí?

SIDORO. Algo me ha dicho. Que paece mentira, que nunca lo hubiera pensao y que ya no cree en na. ¡Ateo perdío!

ROSALIA. Sigue dudando de mí.

SIDORO. Y que ¡con lo que él te quiere!... Y aquí ha soltao una palabrota en aragonés..., que sí que te debe de querer.

ROSALIA. Como merezco; pero le daré una lección pa que yo vea si me quiere o no.

(*Sale Ruperto por la izquierda.*)

RUPERTO. ¿Aún no has barrido el patio?

SIDORO. ¡Carabina!

(*Se dirige al rincón cogiendo una escoba.*)

RUPERTO. (*Viendo a Rosalía.*) ¿Tú aquí?

ROSALIA. Con tu licencia.

RUPERTO. (*A Sidoro, que se dispone a barrer.*) ¡Quieto! (*A Rosalía.*) ¡Qué vergüenza pa mí!

ROSALIA. ¿De qué?

RUPERTO. De na, Rosalía. Ahora que to el mundo me va a señalar, ahora que salgo, como he entrao, por la puerta zaguera pa eludir la mirá de la gente, comprendo to tu sufrir. Perdóname, mujer.

ROSALIA. ¡Dios te perdone!

RUPERTO. (*Sacando del bolsillo un manojo de llaves.*) Toma, la libertá de ese hombre. Dásela tú misma.

ROSALIA. (*Cogiendo las llaves.*) Gracias.

RUPERTO. No digo más, porque está feo que los hombres lloren, aunque sea de arrepentimiento.

ROSALIA. La vida enseña.

RUPERTO. Sí. Pero tarde. Adiós, Rosalía...

(*Mutis por la derecha.*)

PIRANDELLO. (*Asomando un muñeco.*) Adiós, Ninón.

(*Sidoro le sacude al muñeco un escobazo.*)

ROSALIA. Toma, ábrele.

(*Le da el manojo de llaves.*)

SIDORO. A toda prisa.

(*Mutis por la izquierda.*)

PIRANDELLO. (*Con otro muñeco.*) ¿Ha dao todas las llaves?

ROSALIA. Todas.

PIRANDELLO. ¡Ah, bueno! Pues cuando usté guste, señorita.

ROSALIA A ver si viene el llavero.

PIRANDELLO. ¡Ah, bueno!

NICASIA. Cállese usté, padre.

(*Mutis del muñeco.*)

ROSALIA. ¡Pobrecillos!

(*Sale Pepe por la izquierda.*)

PEPE. ¿Eres tú?

ROSALIA. Yo misma.

PEPE. ¿Te debo a ti la libertad?

ROSALIA. A mí me la debes. Es decir, estamos pagaos.

MUSICA

ROSALIA. Cuando yo era buena,
tú llegaste un día...
Con palabras dulces
se alegró mi vida.
Fueron muchos años
de soñar contigo.
¡Cuántas ilusiones
puse en tu cariño!

PEPE. Cuando tú eras buena
dices, Rosalía...
ROSALIA. Tú ya sabes, Pepe,
que no soy la misma.
Pero en pago al tiempo
que me ilusionaste,
mala y todo supe
la ilusión pagarte.
PEPE. ¿Te quieres explicar?
ROSALIA. Me codiciaba un hombre
desde hace tiempo
y era, por causa mía,
tu carcelero.
Por verte libre, Pepe,
con malas artes...,
a costa de mi cuerpo
gané las llaves.
PEPE. ¿Qué dices, Rosalía?
ROSALIA. ¡Que estás salvado!
¡También las malas hembras
hacen milagros!

PEPE. Eso es mentira.
ROSALIA. ¿Quién te lo ha dicho?
PEPE. De sostenerlo
no eres capaz.
ROSALIA. Yo soy muy mala.
PEPE. No lo repitas.
ROSALIA. Pero, ¿qué dices?
PEPE. ¡Que no es verdad!

Cuando en un día claro
de Primavera,
mis ojos te miraron
por vez primera,
supe que aquel cariño,
desde aquel día,
toda la vida entera
me alumbraría.
ROSALIA. Pero el amor se muere
PEPE. ¡Qué disparate!
¡A este cariño nuestro
no hay quien lo mate!
ROSALIA. La duda apaga
de los amores
el resplandor.
¿No lo comprendes?
PEPE. No lo repitas.
ROSALIA. Busca otro amor.

PEPE. Porque dudé en un instante
de ofuscación insensata,
vienes tú misma a decirme
que eres peor que pensaba.
Aunque tus labios lo mientan
no lograrás engañarme

¡Si estoy leyendo en tus ojos
que eres la Virgen del Carmen!

ROSALIA. Pepe de mi vida,
tiemblo al escucharte.
PEPE. Si en mis brazos tiemblas,
¡qué ilusión más grande!
ROSALIA. Que no cambies nunca.
PEPE. ¡Yo cambiar, mi vida!
ROSALIA. Llévame contigo.
PEPE. Vente, palomica.
LOS DOS. Como los ruiseñores
en la alameda
yo cantaré, alma mía,
pa que tú sepas
que dulces y amorosas
son mis canciones,
como las que gorjean
los ruiseñores.
Desde mañana mismo,
nuestro es el mundo,
si vamos por las ferias
cantando juntos
este pregón:
«Aquí llega el Riojano,
vengan todos a comprarle;
¡pero lleva una alegría
que no se la vende a nadie!
Pero lleva una alegría,
que es su género mejor,
y no se la vende a nadie,
¡porque no vende su amor!

HABLADO SOBRE LA MUSICA

ROSALIA. ¡Pepe!... Gracias, Pepe.

PEPE. Gracias a tí, mi alma.

PIRANDELLO. (*Sacando un muñeco que aplaude.*) ¡Viva la novia!

SIDORO. Por poco no me suelta el secretario.

ROSALIA. Abreles a esos.

SIDORO. (*Va primero a la puerta de Nicasia.*) ¡Paso a la escamochez más ebúrnea del globo!

(*Sale Nicasia,. Rosalía se dirige a ella.*)

ROSALIA. Gracias de verdá.

NICASIA. No hay de qué darlas.

SIDORO. (*Abriendo la puerta a Pirandello.*) ¡Avance el suegro más salao de España!

PIRANDELLO. (*Saliendo con todos sus muñecos en las manos.*) ¡Vamos, hombre!

PEPE. También a usté se le dan las gracias.

PIRANDELLO. No tié importancia. Yo, con saber que este pueblo se llama Sotollano y debían llamarle: «Precaución, curva peligrosa»...

NICASIA. Vámonos de él cuanto antes.

SIDORO. ¿Eh? ¿Que te vas?

NICASIA. ¡No, que no! ¿Aquí hay telégrafo?

SIDORO. ¡Anda, ya lo creo!

NICASIA. Pues ya te mandaré una postal.

SIDORO. Toma, un recuerdo.

(*Le da el manojo de llaves.*)

NICASIA. Gracias, Sidoro. Y adiós.
SIDORO. ¡Adiós!

(Van saliendo.)

PEPE. Adiós, Sidoro.
SIDORO. Vayan con Dios.
PIRANDELLO. Y si otro año os interesa mi espectáculo, me avisáis.
SIDORO. Güeno.
PIRANDELLO. Y os lo daré por radio desde Buenos Aires.

(Mutis de todos, menos Sidoro, que se va hacia la izquierda. El Niño de la Carambola asoma al ventanillo.)

NIÑO. ¡Eh! ¡Maestro! ¿No hay una llave pa mí?
SIDORO. Inglesa.
NIÑO. Abra usté o es cadáver.
SIDORO. ¿Quién va a matarme?
NIÑO. ¡Yo!
SIDORO. ¿Tú? Me voy al corral.

(Mutis por la izquierda y telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

La canción del olvido, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de José Serrano (6.ª edición).

La sonata de Grieg, balada noruega en tres cuadros, música de Edvard Grieg.

Los fanfarrones, farsa lírica en un acto, música de Eduardo Granados.

Las delicias de Capua, zarzuela cómica en un acto, música de Ernesto Rosillo.

La serranilla, balada lírica en un acto, música de Ernesto Rosillo.

La rubia del Far West, opereta en un acto, libro de Federico Romero y Luis Germán y música de Ernesto Rosillo.

Doña Francisquita, comedia lírica en tres actos, el tercero dividido en dos cuadros, música de Amadeo Vives (tercera edición).

El dictador, zarzuela en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros, música de Rafael Millán.

La sombra del Pilar, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros, música de Jacinto Guerrero.

Blancaflor, farsa lírica en tres actos, música de Juan Antonio Martínez.

El caserío, comedia lírica en tres actos, música de Jesús Guridi.

La villana, zarzuela en tres actos, basada en la tragicomedia de Lope de Vega, «Peribáñez y el Comendador de Ocaña», música de Amadeo Vives.

Las alondras, comedia lírica en dos actos, música de Jacinto Guerrero.

La Morería, zarzuela en tres actos, traducción y adaptación lírica de la obra «A Severa», de Julio Dantas, música de Rafael Millán.

Los flamencos, sainete lírico en dos actos, música de Amadeo Vives.

La Meiga, zarzuela en tres actos, música de Jesús Guridi.

La rosa del azafrán, zarzuela en dos actos, música de Jacinto Guerrero.

La moza vieja, zarzuela en dos actos, música de Pablo Luna.

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

CALLE DEL PRADO, 24

MADRID

Precio: TRES pesetas